



C. FRONTAURA

GALERIA DE  
MATRIMONIOS

FONDO ANTIGUO

**A-1679**

Bib. Regional



1900  
1901

MASADEL  
JAEN, 38  
91-554-22-73



CARLOS FRONTAURA.

---

GALERIA

DE

MATRIMONIOS

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES.



MA DRID.

ADMINISTRACION DE EL CASCABEL,

HILERAS, 4. BAJO.

—  
1868

**MIGUEL MIRANDA**

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID



R  
74721

A-1679

# OBRAS

DE

D. CÁRLOS FRONTAURA

---

3.<sup>a</sup> SÉRIE

OBRA

D. CARLOS FRONTAURO

DE

CÁRLOS FRONTAURA

---

GALERIA

DE

MATRIMONIOS

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES



MADRID.—1868

ADMINISTRACION DE EL CASCABEL

HILERAS, 4, PAJO

CARLOS FRONTAUZA

GALERIA

Es propiedad del autor.

MADRID—1868

EN LA IMPRENTA DE LA CALLE DE...

---

Imprenta del autor, á cargo de Ramon Bernardino, Hileras, 4.

# GALERÍA DE MATRIMONIOS.

---

---

## PRIMERA PAREJA.

---

Ahí lo tienen VV., ahí vienen D. Serafin y su mujer, matrimonio perpe trado el año.... un año cualquiera.... hace doce ó catorce años.

Él era un hombre, y aún parece que lo es, muy arregladito, modesto, económico, pero las pícaras patronas le tenían frito, con las comidas que le daban habia perdido el estómago, con el descuido de las criadas que le cogian la levita con las manos llenas de grasa y le limpiaban los pantalones con el cepillo de las botas, habia perdido la ropa, y con estas y otras cosas habia perdido la paciencia.... ¡Para que le die-  
ra el aire, porque siempre estaba sofocado. salia al balcon, y vean VV. por dónde el demonio le puso enfrente una señora que estaba cosiendo detrás de la vidriera... D. Serafin la miró, y la halló fea; pero á

fuerza de mirarla le pareció ménos fea, y un dia se acostó el pobre convencido de que no sólo era ménos fea, sino que era graciosa, casi bonita.

Pasemos por alto los amores de D. Serafin... Tres meses estuvo el infeliz visitando á su futura, que ya era pasada, puesto que era viuda; pero D. Serafin adquirió la costumbre de verla, y aunque la viudez de su dama no le agradaba mucho, le pidió la mano un dia que habia comido el puchero pegado, la sopa pegada y el principio pegado, amen de haberle roto la criada una camisola, haciendo tres de dos faldones, y se le habian perdido unos botones de brillantes que ya brillaron en la córte del señor rey Carlos III.

Ella era muy zalamera, lloraba cuando tenia pena, lloraba cuando tenia alegría, lloraba cuando hablaba de su difunto, lloraba cuando le decia al vivo que le queria muchísimo, lloraba cuando el gato le hacía una fiesta, y tenia las lágrimas tan fáciles que no habia más remedio que enternecerse á su lado... Así es que D. Serafin se hizo tambien tan lloron, que daba pena verle tan tierno, tan sensible, tan zalamero y maricon.

Y ¿qué habia de suceder? D. Serafin tomó un cuartito bonito, pequeñito, con su gabinetito para tener él un despachito, aunque nada ha tenido en su vida que despachar, lo amuebló con los muebles de Doña Juanita, su futura, y otros que compró él en una almoneda que hizo en la calle de la Esgrima un prestamista que se marchó huyendo del cólera, y Doña Juanita y D. Serafin se casaron, sin ruido, sin aparato, sin dar parte á nadie, sin hacer más gastos que convidar á tomar

chocolate al padrino, que fué uno de la Deuda, que siempre se habia interesado mucho por el novio, y á la madrina, una viuda, vecina de doña Juanita, que tenia huéspedes por conocimiento, y para ver si estando distraida se le acababa la pena que despues de diez años tenia por la pérdida de su marido, el mejor mozo que se paseaba por Madrid. Eso sí, por la noche fueron al teatro los novios y los padrinos á ver *Jaime el barbudo*, que se representó en el teatro de Novedades.

Doña Juanita pasó muy mal rato, porque el actor que representaba á *Jaime* se parecia extraordinariamente á su primer marido, y esta casualidad no le pareció á ella tal casualidad, sino una reconvencion providencial por haberse atrevido á contraer segundo matrimonio. Y en esta idea se aferró tanto la recién casada, que desde aquel momento no pensó, á pesar de tener al lado un marido vivo, nuevo, flamante, hasta amoroso, sino en *Jaime el barbudo*, que se parecia á su difunto....

He aquí el diálogo que sostuvieron los recién casados en la primera noche de boda:

—Juanita, al fin ya somos uno, digo dos, dos almas y un cuerpo, digo dos cuerpos y un alma...

—¡Ay!

—Ese suspiro me indica que me quieres con el mismo entusiasmo que yo... Gracias á Dios, ya no tendré que lidiar con las patronas, ya no encontraré un pelo en la sopa, ya no me faltará ningun boton en el pantalon... Mira, hazme el favor de aflojarme la hebilla del chaleco...

—¡Ay!

—¡Otro suspirito!... ¡Cuánto agradezco, esposa mía ese amor tan fino que me demuestras!... ¿Sabes tú hacer croquetas?... Ninguna patrona me las ha hecho á mi gusto, y yo me muero por ellas....

—¡Ay!

—Gracias, amada prenda.... Mira, yo quiero que tengamos mucho arreglo, que miremos por el porvenir y hagamos algunos ahorros.... Tú te entenderás con la criada, todas las noches te daré dinero para el gasto del día siguiente, tú se lo darás á la criada diciéndole lo que ha de traer, y luego le tomas la cuenta, sin permitir que se quede con un ochavo, y despues me darás la cuenta á mí, que la pondré en un libro que haré mañana.... ¿Estás conforme?

—¡Ay!

—Mucho me halagan tus amorosos suspiros; pero habla, contesta, oiga yo tu voz argentina....

—Ha visto V. á Jaime?...

—¿El *barbudo*?... francamente, no me ha gustado mucho; mejor hubiese querido ver *La Pata de Cabra* ó *El Terremoto de la Martinica*.

—¿No le gusta á V. Jaime?... A mí sí, porque es el retrato de mi esposo...

—¡Cómo! ¿Yo me parezco á un ladron?...

—V. nó; ya quisiera V. parecerse.... Mi esposo, mi esposo, mi desgraciado esposo es el que se parecia...

—¿Tu esposo?.... ¿Pues tienes otro esposo sin que yo lo sepa?...

—¡Ojalá lo tuviera!... Sería señal infalible de que no se habia muerto....



—¡Ah! hablas de tu primer marido.... ¿y se parecía á *Jaime el barbudo*?

—Al ladrón, nó, que no lo había más honrado bajo la capa del cielo, sino al cómico que esta noche en Novedades ha hecho el papel de *Jaime*.

—Pues, hija, no me ha parecido una gran cosa ese cómico....

—Todo, todo igual á mi marido.... Los mismos ademanes, el mismo aire, la misma voz...

—Se me ha figurado un poco gangoso....

—¡Gangoso!... ¿mi esposo era gangoso?...

—Hija, yo no te lo aseguraré, porque como no tuve el honor de conocerle...

—Lo que era mi esposo era el mejor mozo que se paseaba por Madrid...

—Entónces no se parecía al cómico de Novedades.

—Cualquiera diría que eran hermanos.

—Pues, hija, tú no le has visto bien....

—¿No he visto bien á mi esposo?

—No digo eso, al cómico.

—En toda la noche le he quitado ojo,

—No faltaba más sino que hubieras ido á dejarle tuerto. Pero en fin; ¿qué nos importa á nosotros el cómico, *Jaime el barbudo* y todos los ladrones del mundo?... Unos recién casados como nosotros no deben pensar más que en el amor y en la.... Mira, mañana me has de asegurar este botón de la pechera....

—En su vida me dijo mi esposo: «Cóseme un botón.»

—No se le caían nunca.

—Sí que se le caían; pero él se los cosía mejor que una mujer....

—Yo no tengo esa habilidad....

—Él tenia muchas: sabía hacer *bien me sabe*; como que su madre era andaluza, y alli se pintan solos para hacer golosinas.

—Yo, como no he aprendido á confitero...

—Tambien sabia hacer zapatos.

—¡Caramba! ¿Tambien hacía zapatos?....

—Él no necesitaba á nadie para nada.... Tenia unas manos.... No debia haberse muerto nunca aquel hombre....

—Entónces no serias mi mujer....

—Pero tendria yo marido todavía.

—¿Te parece acaso que soy un muñeco?... Me parece que lo mismo me he casado yo contigo que se casaria él....

—¡Ay! Nó señor!....

—¿Cómo que nó?... Pues ¿cómo te casaste con mi antecesor?...

—¡Ay! el dia que nos casamos, aquel hombre se volvió loco....

—¡Zambomba!

—Loco, sí, señor, loco de amor... Me llevó en brazos, bailó, saltó, brinco, se comió á mi madre á besos....

—Pues, hija, cogerte en brazos tambien lo haré yo si eso te sastiface....

—Nó, no me toque V....

—Bailar y brincar no me parece muy cuerdo en esta ocasion, y lo de comer á tu madre á besos, tambien lo haria si ya no se la hubiese comido l tierra....

—V. se está burlando de mi familia....

—Yo no me burlo de nadie; pero, francamente, me extraña que en el día de la boda mi esposa no me hable de otra cosa que de su primer marido, un hombre á quien, aunque fuera un santo, he de tener algun rencorcillo.

—¡Rencor á mi marido!...

—Confieso que hago mal, que el pobre hombre no me hizo nunca daño alguno; pero ¿qué quieres?... Solo porque te quiso y porque tú le quisiste...

—Sí, señor, que le quise... ¡Ay! ¡otro gallo me cantaria si él viviera!...

—Pero no seria yo ese gallo.... Así pues, creo que hizo perfectamente en morirse... ¡Qué bonito lunar tienes debajo de la barba!...

—Estaba loco por ese lunar mi pobre marido...

—Pues el hombre se volvia loco por todo....

—V. no es tan sensible como él.... Apénas me veia mala, se ponía aquel hombre loco....

—¡Otra vez!... ¿y tú que sabes lo que yo haré cuando te vea enferma?... Si él se ponía loco, puede que yo me muera de repente....

—¡Ah, nó! V. no se morirá.

—Mucho me alegraré, que no tengo maldita la gana de morirme.

—Yo sí que moriré pronto....

—Pero, mujer, ¿quién se acuerda de morirse ahora?... ¡Caramba! yo creia que casarse era cosa más divertida.

—¡Ah! ¡V. se ha casado conmigo para divertirse!

—Hija, yo me he casado para.... en fin, porque me gustas, porque tú has querido casarte conmigo.

—Poco á poco, V. es el que ha querido casarse conmigo...

—Y tú no te has opuesto... Me parece que nadie te obligaba á casarte, siendo, como eras, una mujer completamente libre...

—Sí, pero VV. los hombres la ponen á una en unos compromisos... Todo el mundo decia ya que si fué que si vino, porque iba V. á casa todos los dias.... Y luego, como le pintan VV. á una las cosas de una manera... en fin, ya no tiene remedio.. .

—Mira, hija mia, aun hay un remedio: tú te quedas en tu casa y yo me voy á una de huéspedes.... y si me he casado no me acuerdo.

—Eso nó; ¿qué diria el mundo?..

—El mundo no diria una palabra, porque no nos conoce á tí ni á mí.

—A V. no le conocerá nadie, pero á mí me conoce todo el mundo... Más me valiera no haberme aislado tanto ..

—Pero, hija, yo estoy en Babia... Ayer parecia que te deshacias por mí, y hoy, el dia en que, como decias ayer, se han cumplido nuestros votos.—y mis botas, que mañana tengo que comprarme otras,—ya parece que te arrepientes de haberte casado, y que me tienes mala voluntad... Esto, francamente, no le habrá sucedido á nadie nunca....

—V. tiene la culpa.

—¿Yo?...

—V., que me ha puesto delante la imágen viva

de mi difunto esposo... ¿por qué me ha llevado V. al teatro de Novedades?...

—Para que te divirtieras con las barbaridades de *Jaime el barbudo*.

—No me recuerde V. á *Jaime*.... Si mi esposo no se hubiera muerto, si no tuviese la partida de muerto en la cómoda, diría que mi esposo era aquel cómico de Novedades....

—¡Maldito sea él!

—¡Mi esposo!

—Nó, tu esposo nó, el cómico, el cómico.... me alegraré de que le arrimen una grita.... Si yo fuera hombre de armas tomar, ten por seguro que mañana mismo le desafiaba.

—Va V. descubriendo cualidades que yo no creía tuviese V.... Es V.... rencoroso, mal intencionado, egoísta, burlon.... Si se hubiera V. descubierto ántes de casarnos, no sería yo su mujer de V....

—Y si tú me hubieras descubierto ese amor á tu difunto.... tampoco yo hubiese caído en la red....

—¿Pues yo le he tendido á V. alguna red?... Si me he casado con V. ha sido porque soy demasiado buena, y porque soy muy sensible, y porque soy muy desgraciada.... ¡Dios mio!... ¡cómo ciegas á las mujeres que quieres perder!...

—Señora esposa, yo soy hombre pacífico, tranquilo, inofensivo, buen hijo, buen padre.... digo, padre no lo soy todavía.... pero tú eras ayer un ángel y hoy.... hoy has dado una vuelta tan grande, que no te conozco.... yo quería casarme con la que ayer me llamaba su ángel tutelar, su esperanza, su consuelo, su

pichon, y me encuentro con que me he casado con quien me odia, me desprecia, me desdeña, me desespera y me hace salir de mis casillas y hablar más de lo que conviene á mi carácter y á la ocasion....

—¡Ay Dios mio! nunca creí que habia de tolerar que un hombre me hablase de esa manera.

—Yo no soy un hombre, soy un marido que tiene razon, derechos....

—¿Derechos? ¿qué derechos?..

—Tú los debes conocer muy bien, que has sido casada otra vez.

—Mi esposo no tenia derecho ninguno ni voluntad, ni me hablaba una palabra más alta que otra.... En casa no se oia más voz que la mia....

—Pues mira, ya es hora de que no se oiga ni la tuya ni la mia, porque son las dos de la noche, y me parece que un matrimonio debe á esta hora estar recogido....

—Yo no tengo sueño....

—Yo tampoco, pero eso no importa.... Ya hace fresco....

—A mí no me gusta estar en la cama sin dormir..., En seguida veo visiones.... y esta noche se me va á representar mi difunto....

—¡Qué lástima de difunto! ¿de qué buena gana le daria yo un coscorrón!...

—¡Qué sacrilegio! ¡un hombre que no respeta á los muertos!...

—Yo respeto á todos los muertos; pero les dejo en paz, y eso mismo es lo que tú debes hacer.... Además, me parece que entre tu marido muerto y tu marido

vivo, no es dudosa la eleccion.... Conque basta de conversacion y vamos á acostarnos....

—V. será el que se acueste....

—Yo siempre.... Tengo esa buena costumbre hace muchos años.

—Pues yo no me acuesto.... Mi marido me está viendo desde el cielo.

—Tu marido es muy curioso por lo que veo....

—Me parece que le estoy viendo el dia que nos casamos.... Aquel hombre parecia un loco....

—Yo me parece, que me volveré loco tambien al considerar el horrible desengaño que me has preparado.

—¡Para desengaño grande, el mio!...

—Vaya, hija mia, buenas noches, me voy á acostar....

—¡Qué buenos sentimientos descubre V!

—Me parece que acostarse no es ningun delito.

Y nuestro D. Serafin se acostó.

No sabemos si la viuda recien casada se acostaria tambien.

Así comenzó el matrimonio de D. Serafin.

Si este apreciable sugeto no hubiese sido un gallina, un pobre hombre, lo que se llama un bendito, probablemente se hubiera corregido la contrayente de aquel amor extemporáneo al difunto; pero D. Serafin no era hombre capaz de la menor energía, ni siquiera de comprender y hacer respetar sus derechos de hombre y de marido.

Además, como él se habia casado principalmente

para salir de patronas y tener un rincón de casa y comer siquiera un cocido limpio de espuma, pelos, moscas y otros cuerpos exóticos, lo que más le importaba era que su esposa fuese hacendosa, cuidadosa, limpia como un oro, y le guisara, le cosiera, le planchara y le hiciera todo lo que en matrimonios sin fortuna, que no pueden gastar, y ménos triunfar, deben hacer las buenas esposas. Y si su mujer hacía todo esto, poco le importaría que llorase por el difunto y suspirase por *Jaime el barbudo*, que al fin un rival muerto no es lo mismo que un rival vivo, y ya quisieran muchos casados que sus costillas se enamorasen de difuntos y no coqueteasen con los vivos.

• Pero D. Serafin sufrió un horrible desengaño.

El segundo día de casado, su mujer hizo el chocolate y lo sacó ahumado.

Si D. Serafin hubiera sido un hombre de humos, es seguro que hubiera estampado la jícara en la pared; pero él se calló prudentemente, y se ahumó el estómago con el chocolate, considerando que el primer día era disculpable el humo; pero al medio día los garbanzos estaban duros como balas, y D. Serafin, aunque tenía buenas tragaderas, no los pudo tragar.

—¡Jesús! no se pueden comer,—dijo el esposo.

—Serán los garbanzos de mala calidad,—contestó la esposa.

—Pues no he comprado mas que tres arrobas, añadió D. Serafin, con ganas de echarse á llorar.

—Para comprar garbanzos no había otro como mi difunto. Conocía si eran buenos ó malos con sólo tomarlos en la mano.



—Pues yo no conozco eso hasta que los como. Puede que los hayas puesto tarde, y por eso estén duros...

—Puede ser... como yo no estoy acostumbrada á poner la comida.

—Nó, no creas que me incomodo... El primer día se debe disimular cualquier falta.

—¿Cree V. que yo soy una criada?... Pues está usted muy equivocado.

—Pero hija, ¿por qué me hablas con tanta ceremonia? Quien nos oyera creeria que soy tu tío ó tu abuelo.

—¿Qué quiere V?... Yo no puedo acostumbrarme á tratarle á V. como á mi difunto... Si el pobre levantara la cabeza y me viera, se volveria loco... Tan celoso como era, que en cuanto alguno me miraba en la calle ya se lo queria comer. Era una fiera.

—Lo creo.

—Pero no para mí... Conmigo era un chiquillo... en cuanto me veia disgustada se volvia loco...

—Pues hija, tendria el juicio prendido con afileres.

—¿Qué quiere V.? Eso es lo que tienen las personas sensibles, las personas que tienen alma y corazón... No son como otras que ni sienten ni padecen...

—¿Esa es una alusion?...

—V. lo sabrá... Me parece que en efecto no es usted como mi esposo...

—Sí; ya sé que tu esposo era una alhaja....

—No lo sabe V. bien; para saberlo debia V. haberle conocido.

—No siento no haberle visto en mi vida.

—Pues debe V. sentirlo, porque con lo principalito de Madrid se trataba mi esposo, y en todas partes era bien recibido; y si él hubiese querido, puede que hubiera muerto siendo ministro ó intendente. Lo que él sabía de cuentas, no lo saben todos... ¡Pobre hombre! En lo mejor de su edad, cuando más falta me hacia, me lo llevó Dios...

—¿No comes, alma mia?...

—No señor, no quiero comer... Así nos sentábamos á la mesa él y yo, uno enfrente de otro... Él me hacia plato, y siempre me escogía lo mejor....

—¿Te levantas ya?...

—Sí señor; estos recuerdos son demasiado tristes... ¿qué quiere V?.. Me allige ver otra persona en el lugar que ocupaba mi esposo.

—Pues señor, estoy divertido...

—Yo no lo puedo remediar... conozco que V. no tiene la culpa, pero yo no debía haberme casado...

—Ni yo tampoco...

—¿Pues qué!... ¿Qué tiene V. que decir de mí?..

—Hija, nada... pero como lo sientes tanto...

—Es muy diferente... V. no ha tenido otra esposa.

—Ni la tendré, Dios mediante... Vamos, ¿quieres que demos un paseo? Iremos al Prado...

—No, señor, al Prado, no; en el Prado conocí yo á mi esposo, que esté en gloria.

—Iremos al Retiro.

—Al Retiro íbamos en verano muchas mañanitas... Aún estarán en la fuente de la Salud su nombre y el mio, que los puso él en la piedra con un carbon, y debajo un verso...

—¿También hacia versos?

—Se volvía loco por los versos... ¿Cómo decía el verso que puso en la fuente?... no me acordaré ahora... ¡ah! sí... decía:

¡Viva, viva nuestro himeneo!

¡Esposa mía, cuánto te quiero!

Martínez de la Rosa le dijo á mi esposo, que si hubiera tenido estudios, hubiese dejado atrás á muchos.

—Sí, esos versos no los hace cualquiera... con que, ¿dónde iremos á paseo?... A la Montaña del Príncipe Pio.

—Menos que á ninguna parte... La Montaña tiene para mí muchos recuerdos... Algunos domingos nos íbamos solitos los dos allí, con una tortilla, y donde nadie nos veía nos la comíamos...

—Si quieres, podemos también llevar una tortilla... De aquí allá haremos ganas de comer...

—¡Tortilla!... ¡Ah! Tortilla puede que le hiciera á usted mi esposo si levantara la cabeza...

—¡Hombre! Me parece que no es ningún agravio el que te hago con eso.

—Para mí pasó el tiempo de las tortillas...

—Para mí no... A mí me gustan de jamón, de escabeche, de yerbas, de patatas, de cebolla, de todo... Vaya, mujer, déjate de tonterías y vamos á dar una vuelta por los Carabancheles... en la puerta de Toledo hay tartanas que nos llevarán por poco.

—A los Carabancheles, menos que á ninguna parte... en ese camino un día que tomamos un calesín, cuando aún se estilaban, volcamos mi esposo y yo...

—¡Qué lástima!

—¿Se rie V. de la gracia?..

—Si quieres que me ponga á llorar... en fin, vamos á paseo, vamos al Botánico...

—Huele á herbolario y está muy triste.

—Vamos á Chamberí, á dar unas vueltas en el Tio Vivo.

—Vaya V. solo... Allí no van más que las criadas y los soldados.

—Pues vamos á la era del Micó.

—Mi esposo me llevó allí dos semanas antes de morir.

—¡Jesús! ¡Qué hombre! El indino iba á todas partes... vamos á la pradera del Corregidor...

—¿Entiende V. de curia?

—¿De curas?

—De curia.

—No, hija. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque esa pradera debe de ser mia...

—¡Hombre!.. eso me gusta... pues qué, ¿tienes derecho á esa propiedad? A ver, á ver, saca los papeles... yo tengo un amigo que tiene una novia que es sobrina de uno que está con un escribano, y puede que podamos hacer algo... yo, como esposo tuyo, entablaré la demanda... Pleitearemos por pobres... No habrá que gastar mas que en papel sellado de á dos cuartos... La pradera, por supuesto, la venderemos, porque á nosotros.... ¿para qué nos sirve?... Se la venderemos al gobierno, ó á Salamanca, ó á quien la quiera comprar... para que hagan casas, ó un hospicio, ó un taller de coches, ó una fábrica de jabon...

Nosotros no la hemos de usar... porque como tu esposo te llevó allí antes de irse á la pradera del otro mundo... Si quieres, elevaremos allí un monumento á su memoria... una columna con dos leones abajo y un oso arriba... y una de esas mujeres en cueros que llaman... ¿cómo las llaman? ¡Ah! Sí, ¡Venus!... Dime, dime: ¿de quién era la pradera?... ¿De tu esposo?... ¿De tu desgraciado esposo... ó de tu abuelo?...

—La pradera... ¿No decia V. que se llama del Corregidor?..

—Sí.

—Pues debia ser de mi padre... que fué corregidor una vez... pero como falleció sin testar...

—¡Toma, toma! Pues échale un galgo.

—¿A mi padre?

—No, á la pradera... pues apenas ha habido corregidores en el mundo... Yo creí que hablabas con formalidad.

—V. es el que parece que habla sin ella.

—¿Por qué me dices V. y no tú, como se usa entre casados?..

—Porque no me puedo acostumbrar á otra cosa... Porque no me puedo persuadir de que V. sea mi marido.

—¡Hombre! ¿Y cómo te persuadirías?...

—No sé; eso depende del comportamiento de usted.

—Vamos, hija mia, termine esta anómala situacion, persuádate de que soy tu marido, amémonos como Dios manda, olvídate del difunto, y seamos un matrimonio modelo.

—Matrimonio modelo, el nuestro; el que la muerte rompió cruelmente.

—¡Vuelta! Hija mia, vas apurando mi paciencia y...

—¿Me amenaza V?..

—No; pero dos dias llevamos de casados, y en estos dos dias no he oido mas que alabanzas del difunto... No he oido ni una sola palabra lisonjera, ni me has dado un abrazo... ni me has dicho lo que, con los ojos bajos y con aquella zalamería, me decias cuando éramos novios.

—¡Ay! Era un sueño... y ya he despertado.

—Entonces tú has despertado, y yo me he quedado dormido, porque parece que estoy soñando... Tan raro es lo que me sucede... ¡Vaya! olvidémoslo todo, y vamos á paseo. Te llevaré al café, iremos al teatro.

—Si me lleva V. á *Jaime el Barbudo*...

—¿A ver á tu difunto?

—Pues si no, en casa me quedo... Váyase V. al café con sus amigos... Lo que ha de hacer V. despues, puede V. hacerlo desde el primer dia...

—¡Vaya!... Pues no saldremos... ¿Quieres jugar á las cartas?

—Como los aguadores...

—Pues entonces, á dormir voy... á ver si sueño que me quieres ó que no me he casado.

Y en efecto, D. Serafin se fué á dormir, y soñó todos los imposibles imaginables; porque soñó que su mujer le adoraba, y que era una Vénus, una Lucrecia, una Arriá, una mujer, en fin, llena de gracia y de virtudes...

Pero al despertar se encontró con la triste realidad de su esposa, que suspiraba por *Jaime el Barbudo*, es decir, por su difunto, que se parecía, como un bruto á otro, al cómico que en el teatro habia representado el interesante papel de aquel distinguido bandolero la noche de las bodas de D. Serafin.

Pasó tiempo, y D. Serafin pasó las penas del purgatorio. No pudo lograr comer garbanzos tiernos ni chocolate espeso, tuvo que coserse él mismo los botones, y vez hubo en que junto á la ventana de la cocina le vieron las vecinas lavando un pañuelo, un cuello y unos puños.

Y su mujer, que era mas del demonio que suya, siguió en su manía de llorar al muerto y quemar la sangre al vivo, que empezó á quedarse flaco y consumido, y parecia, Dios me perdone, la estampa de la herejia.

En este endiablado matrimonio no habia, como en otros, en medio del infierno de dos génius encontrados, algunos momentos de amor y de ternura; nada de eso. D. Serafin podia hacerse cuenta de que tenia en su casa una criada holgazana, descuidada, respondona, insoportable, mucho mas insoportable que otra cualquiera, porque no la podia poner la cuenta en la mano y obligarla á poner los piés en la corriente del arroyo. D. Serafin tomó el partido de callar, y pasaba los dias enteros sin que se le oyera hablar mas que desde la ventana del patio con el perro de la portera, que le estaba sumamente agradecido, porque la comida que el pobre hombre no podia comer por estar mal condimentada, se la en-

gullia el animal gallardamente, gracias á la generosidad del vecino, que se la bajaba al portal con las mayores muestras de cariño y simpatía.

Pero un dia, Dios, que á nadie abandona, que á ningun marido bueno olvida, condujo á la casa de D. Serafin á una buena señora llamada Doña Dolores, que habia sido muy amiga de la mujer de nuestro pobre hombre, y que, habiendo sabido extraoficialmente la fausta noticia de sus nuevas bodas, acudia solícita, llena de satisfaccion y de curiosidad, á dar mil plácemes á su amiga, al marido, á los niños, si los hubiere, y á todo el mundo.

D. Serafin estaba solo; su mujer habia salido, segun dijo, á *esparcirse* un poco y á comprarse unos zapatos rusos; y el pobre hombre, que hacia tiempo no veia cerca mas rostro de mujer que el de la suya, que era como ver al mismísimo demonio, se regocijó muy mucho con la visita, y haciendo uso de toda la galantería que se le puede pedir á un hombre que no conoce mas que á una mujer, y esta es una harpía, invitó á la dama á tomar asiento, y recibió con suspiros, que la dama interpretó de muy diverso modo, los plácemes y enhorabuenas por haber dado con una mujer de las prendas que, segun la amiga, adornaban á la viuda recién casada.

—¿Conoce V. á mi señora mucho tiempo hace? preguntó D. Serafin á la dama, que no habia sido mala moza, y que aun estaba de buen ver, y algun desesperado no tendria inconveniente en decirla algo.

—¡Oh! Sí señor, contestó la señora: hemos sido



vecinas mucho tiempo en vida de su esposo y del mio, que estén en gloria...

—¿Tambien V. es viuda?

—Sí señor; mi esposo era de Leganés, y un verano se empeñó en que fuéramos á pasarlo allí, y como le gustaban tanto los pepinos y allí los teníamos en abundancia, el pobre no se reservaba, y pepinos fueron los que le llevaron á la sepultura...

—¡Qué lástima!

—Bien se lo decia yo, que los pepinos, que no nos costaban nada, le habian de costar al fin muy caros... Se me empezó á poner tan malito, tan malito, que nos vinimos á Madrid, llamamos á un *alópata*, y luego á un *homeópata*; y uno con las cantáridas y lossinapismos, y el otro con los globulillos y las cucharaditas de agua clara.... el caso fué que un dia me dijo:—Dolores, yo no tengo cura, y quiero que me traigas uno que me confiese y me absuelva, porque me muero... Y se murió, sí señor... Dios le haya perdonado... La noche que murió se quedó á velarle, por cierto y por la verdad, el marido de su esposa de V...

—¿*Jaime el Barbudo*?

—¿Cómo dice V.?

—¡Ah! Nó, V. perdone; es que tengo siempre en la cabeza á ese fatal personaje. Decia V. que su marido...

—Mi marido murió, sí señor; desde entónces no he levantado yo cabeza; ya ve V., una mujer sola.... mi amiga, su esposa de V., ha tenido mas fortuna que yo, que es fortuna grande en estos tiempos hallar un hombre como V.

—Señora, yo...

—Algunas se enamoran de la figura; pero á mí, no señor, no me llama eso la atención...

—(Esta señora me está llamando feo; pero, en fin... tiene razon....)

—A mí me gusta un hombre honrado, como usted, trabajador, como V., poco amigo de amigos, que esté siempre en su casa con su mujercita, y con ella vaya á todas partes; un hombre, en fin, que sea buen marido, buen padre, como V...

—Señora, yo todavía no soy padre...

—Es un decir.

—¿Y cómo sabe V., aunque sea indiscrecion preguntarlo, que soy yo todas esas cosas?

—Porque me lo han dicho personas que le conocen á V.

—Y su marido de V. no era...

—Mi marido era como V.; por eso le lloro y le rezo todos los dias un Padre Nuestro. No se parecia al marido de su esposa de V...

—Pues qué, ¿no era un prodigio de bondad, un pasmo de caballerosidad, un fenómeno de virtud?

—Fenómeno, sí señor, lo era; porque en mi vida he visto un hombre mas bruto.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye.

—Era un buen mozo, ¿no es verdad?

—Sí señor, buen mozo sí que lo era; y unos ojos muy hermosos que tenia... pero por eso le digo á usted que á mí no me llaman la atención los hombres

por la cara, porque el maldito, Dios le haya perdonado, era el mismísimo demonio.

—¿Qué me dice V.?

—Lo que V. oye. Pues qué, ¿su esposa de V. no le ha dicho?...

—Nó, señora; mi esposa no me dice nada.

—Verdad es que ella, como ha sido siempre tan á la buena de Dios, y... ¡vamos! que cuando una mujer se encapricha por un hombre...

—Le quería, ¿eh?

—Sí señor, tenia delirio por él... ¿Qué lástima de rejon de dos filos.

—¿Tan malo era?...

—No se puede V. figurar... Su pobre mujer no veia nunca un cuarto, ni por donde pasó.... ¡Cuántas veces tuve yo que dar á la pobre unas zapatillas mias, para que no fuese descalza á misa!...

—Siga V., siga V., que eso me interesa.

—Pues, y amigo de mujeres... Calle V., Si aquello daba asco.... En viendo una escoba con faldas, en seguida se iba tras ella... en la vecindad no paraba ninguna criada, porque siempre tenia él que decir cuando bajaban ó subian la escalera... en dos ó tres casas se fingió soltero y dió palabra de matrimonio á dos ó tres tontas, á quienes con aquella facha y aquella labia tenia sorbidos los sesos. ¡Cuántas noches acompañé yo á su mujer, y le fuimos siguiendo, y le vimos entrar en los Andaluces, acompañando á unas mujeres, que podrian ser unas santas, pero que tenian una traza que desde una legua le dadan el ¿quién vive? á cualquiera!

- ¡Pues era una alhaja!
- No lo sabe V. bien; no tenia el demonio por dónde desecharle.
- ¿Todavía tenia más faltas?
- ¿Faltas?... Garrafales eran; él era jugador, que hasta los cubiertos que llevó su esposa de V. los puso á una carta.... era tramposo, que la casa parecia un jubileo, y todo el dia estaban llamando los ingleses á la puerta, y á mas de uno le pagó con tirarle por la escalera abajo; él era holgazan, que no habia quien le hiciera levantarse temprano, aunque como iba á casa á las tantas, para él no amanecia nunca hasta las dos de la tarde... y por fin, esto era lo que mas me irritaba, cada dos dias le pegaba una paliza á su mujer...
- Señora, por Dios...
- Lo que V. oye.
- ¿Es posible?
- Sí señor; aún tengo yo en el hombro—ahora no se lo puedo enseñar á V.—un cardenal que me quedó de una vez que quise poner paz entre los dos, y aque- animal me mordió como un perro que era.... Si hubiera dado conmigo, le hubiese puesto por justicia, y antes le hubiera señalado para toda su vida.
- Y su mujer, ¿qué hacia?
- Su mujer gritaba mucho, pedia socorro á los vecinos, que muchas noches nos hizo á mi marido y á mí salir en camisa á la escalera... y luego, en cuanto reprendíamos al marido por su mal proceder... casi casi le defendia...
- Pues, señora, me está V. haciendo un gran ser-

vicio con decirme todo eso...., Dios se lo pague á usted.

—¿Por qué?

—Nó, por nada... Decia V...

—Que parecia como que se habia acostumbrado á los golpes...

—Se habia acostumbrado, ¿éh?...

—Sí señor, se habia acostumbrado, porque á las dos horas de reñir y andar á la greña, ya estaban como dos tortolitos.

D. Serafin no echó en saco roto esta noticia, que agradeció mucho á la amiga de su mujer.

Viendo que ésta no volvía, la viuda se despidió de D. Serafin, ofreciéndole con un suspiro su casa, calle del Tribulete, núm. 15, cuarto bajo, y prometiendo volver otro día á ver á aquella pícara, que tan callado habia tenido su amor y su boda.

Tambien D. Serafin ofreció á la viuda visitarla, ofrecimiento que provocó una mirada tierna y una sonrisa significativa de aquella jamona curiosona y cotorróna, que sin duda allá en sus adentros pensó, que si quedara viudo el bueno de D. Serafin, no estarían él y ella mucho tiempo en ese estado excepcional que se llama viudez.

Diez minutos despues volvió la mujer de D. Serafin, echando demonios por la boca y por los piés, porque los zapatos rusos que habia comprado le apretaban en los juanetes, y como los traía puestos, en lugar de traerlos en la mano, ¿con qué cara podia ir ya á que se los cambiasen, llenos como los traía de barro?

D. Serafin dejó hablar á su mujer cuanto quiso, no le dió el mas mínimo consuelo, no se dignó mirar siquiera los zapatos rusos que ella le enseñaba, diciéndole:

—¿Ve V. esto?.. En la zapatería me estaban divinemente, y en cuanto he salido á la calle y se me ha calentado el pié, ya no he podido andar sin ver las estrellas. Si viviera mi marido, el zapatero no se habia de reir de mí.

—¿Es decir que yo he muerto?.. preguntó asombrado D. Serafin... Lo siento, hija mia... ¿Y de qué he muerto?..

—Yo no hablo de V... V. no es capaz de hacer lo que mi pobre marido...

—Eso ya lo veremos, prenda.

—Mi marido iria ahora mismo á sacar los ojos al zapatero, que por no hacerme los zapatos á mi medida me ha hecho cargar con unos, que aunque me están grandes, porque yo no tengo ese pié tan desproporcionado, me hacen daño. ¿Haria V. eso mismo?

—No, hija mia; por tan poca cosa no dejo yo sin vista á un honrado menestral. Tú podias no haber tomado los zapatos.

—Él me los ponderó mucho.

—Todo comerciante pondera el género que vende.

—Él me ha vendido estos zapatos con intencion.

—Ya lo creo, con intencion de cobrar su importe y ganar una pesetilla honradamente.

—Si viviera mi marido, se los meteria por la boca al zapatero.

—Tu marido era un valiente, pero es probable que

si viviera y le fuera á meter los zapatos por la boca al zapatero, éste le meteria bonitamente por cualquier parte la lezna.

—A mi marido no se le subia nadie á las barbas, y menos cuando se trataba de su mujer. Si él viviera, puede que á estas horas hasta el gobierno hubiese tenido que danzar en la cuestion de los zapatos.

—¿Sabes tú que he sabido de tu esposo cosas muy bonitas?

—No habrá V. sabido nada que no se pueda decir.

—Verdad es; todo lo que he sabido se puede decir... en primer lugar, que era muy bruto.

—Respete V. su memoria y no le insulte.

—Así me lo han dicho... Era muy bruto.

—Mas bruto será V.

—Eso ya lo veremos. Era muy buen mozo y tenia buenos ojos, lo que no quita que fuera muy bruto.

—¡Buen mozo! ¡Ah! ¡Ya lo creo que era buen mozo!.. como que no habia otro en Madrid como él... ¡Buenos ojos! No eran ojos los suyos; eran dos saetas que se clavaban en el corazón, eran dos luceros que me alumbraban, eran dos pajarillos que me arrullaban, eran dos brillantes que valian un Perú, eran dos soles que disipaban las nubes de mis tristezas, eran dos...

—Sí, dos ojos que serian grandes, saltones, de esos ojos que parece que van á salir echando chispas, y que dan á cualquiera ganas de meterlos hácia dentro de una puñada.

—¡V. habria hecho eso con mi marido!... Déjeme V. reir.

—Nó, yo no lo hubiera hecho, porque como no le habia conocido ni echado jamás paja ni cebada.... Pues con toda su hermosura, tu marido era, segun me han dicho hoy, el mismísimo demonio.

—Mejor quiero tratar con un pillo que con un tonto.

—Por eso querias tanto á tu maridito.

—Poco á poco, que mi marido no era un pillo.

—Con él no veias jamás un cuarto ni por dónde pasó; así me lo han dicho.

—¡Jesús! no lo habia mas gastador que él.

—Y alguna vez una vecina tuvo que darte unas zapatillas para que no fueras descalza.

—Esa es una calumnia.... primero se hubiera quedado él sin comer.

—Pero no sin decir chicoleos á todas las mujeres y perseguir á las criadas de la vecindad. Tambien me han contado esto.

—¿Quién ha venido hoy aquí? Habrá sido el casero que tuvimos, que no podia ver á mi esposo, porque tuvo la desvergüenza de decirme que yo le gustaba, y le contesté que él á mí no.

—No, no ha sido ese desgraciado.

—¿Por qué le llama V. desgraciado?

—Porque se enamoró de V., digo, de una mujer casada; y como ese es un pecado mortal muy feo...

—Pues no fué él solo.

—Sí, ya sé que en el mundo somos infinitos los tontos de capirote.... Pues su marido de V. se fingió soltero en dos ó tres casas, y dió palabra de matrimonio á algunas doncellas menesterosas...

—Eso se lo habrá dicho á V. Doña Bibiana, un



viuda con seis hijas, que estaba empeñada en que ninguna de ellas se habia querido casar con mi marido, y que por eso se casó conmigo.

—Nó, señora, Doña Bibiana no me conoce, ni yo la conozco, ni quiero.—Pues su marido de V. por las noches se iba á cenar alegremente en los Andaluces, mientras V. se estaba haciendo cruces.

—Eso no le importa á V.

—Seguramente que no, y aunque hubiese reventado en una cena, tampoco me hubiese importado cosa maldita.—Tambien era jugador...

—Eso no lo ví yo nunca.

—No le faltaba á V. mas que haber ido con él á una casa de juego.

—Si alguna vez jugó, sería por compromiso.... Además, el hombre debe ver de todo.

—Me alegro que diga V. eso, porque yo tambien me dedicaré á ver de todo.—Pues tambien era tramposo su esposo de V.

—Todo el mundo tiene una legua de mal camino que andar; todo el mundo debe....

—Sí, pero todo el mundo paga, y el que no paga es tramposo.

—Se lo habrá dicho á V. D. Anastasio, el preñero de la calle del Salitre, que por veinticinco duros que le prestó una vez le llevó tres mil reales.

—¡Qué barbaridad!

—Lo bueno que tiene que mi esposo no se los pagó; un dia le tiró por la escalera, otro dia le echó el perro, otra vez le arrojó por la ventana de la escalera un puchero, de agua hirviendo, y por último, el

desafió á pistola á un paso, y D. Anastasio no quiso meterse en este paso, y no volvió por casa.

—¡Ya lo creo! Pues tambien, creo que era holgazan.

—Eso porque le gustaba estar á mi lado, con su mujercita, mirándose en mis ojos, adivinan domis pensamientos, gozando el inefable placer del hogar doméstico.

—Dime, ¿y cómo para mirarse en tus ojos y adivinar tus pensamientos echaba mano del palo?

—¿Del palo? ¿qué es el palo?..

D. Serafin al oír esta pregunta, se levantó tranquilamente, se dirigió al rincon donde solia dejar el baston, y cogiéndolo, se lo presentó á su mujer, diciendo:

—El palo es este.

—¿Y qué quiere decir?

—No quiere decir nada, aunque segun noticias fidedignas que tengo, con un lenguaje parecido solia hablarte de vez en cuando.

—¿A mí?

—¿A tí?

—V. está loco.

—Como tu marido, como mi antecesor, que, segun has dicho, se volvia loco por la mas leve cosa.

—¡Me pegaba á mí!..

—Sí, hija mia, á tí.

—¿Con qué me pegaba?..

—Te pegaba con un palo.

—¿Cómo?..

—¡Hombre! Probablemente te pegaria así.

Y diciendo esto, D. Serafin sacudió á su mujer, donde no le pudiera hacer gran daño, lo que se llama un palo.

Aquí empezaron los denuestos, las imprecaciones, los gritos y alaridos de la viuda, y subieron los vecinos, y pusieron á D. Serafin como nuevo, y Don Serafin salió de su casa, y en dos dias no volvió á parecer. Al segundo dia, su mujer le buscaba desolada por todas partes, y dió con él al cabo en el cafetin de la Plaza Mayor, donde estaba el pobre hombre tomando un cafe y pensando en volver á su casa.

Notable mudanza se verificó en la casa de D. Serafin. Este logró en primer lugar que su mujer no le hablase mas del difunto, encontró limpia y bien sazónada la comida, y tuvo siempre los botones cabales y la ropa cepillada y sin manchas.

Aquella mujer habia adquirido la costumbre de que le zurrasen la badana, y cada vez que D. Serafin se incomodaba y se dirigia al rincon donde estaba el baston, procuraba irritarle mas para que á lo menos la diese un palo, aunque no fuera mas que uno.

Don Serafin procuraba siempre no hacerla daño, y aunque con repugnancia, tenia que satisfacer el gusto que tenia su mujer en ser sacudida.

Gracias á su prudencia, y á su templanza, y á su buen deseo, al cabo de algunos años pudo quitar á su esposa el gusto del palo, y desde entonces D. Serafin y su mujer viven tranquilos, amistosamente y cumpliendo cada cual con sus deberes.

Este cumplimiento de los deberes es el que debe aprender la mujer como el hombre, y de esta manera

nunca habrá disensiones en el hogar doméstico, nunca entre personas de cierta clase se usará el palo, y no habrá tantos matrimonios mal avenidos. Y aquí dejo seguir su camino á este matrimonio, para presentar otro al benévolo indulgente lector.

---

## SEGUNDA PAREJA.

---

Pues señor, Dolorcitas, la pobre, tenia muchas ganas de casarse.—Es una cosa que no se puede remediar.

Tuvo muchos novios porque era bonitilla, coquetilla, alegrilla, y en fin tenia algo, algo que contar; pero los hombres son muy duros de pelar en estos tiempos, y no se casan así como así. Empiezan á pensar en casarse á los treinta años, y á los cincuenta se resuelven á... no casarse. Para lograr matrimonio en esta época de ilustracion y fusiles perfeccionados, de vivas á reyes extranjeros, autonomia y tontería, necesitan las mujeres ser ó muy pobres ó muy ricas. Las muy pobres se casan con otros tan pobres como ellas, y las muy ricas se casan con los ricos, exceptuando algun caso de enamorarse la señorita del escribiente de su papá, ó del

cochero, y otros casos curiosos de que están llenos los anales del gran mundo, que es el mundo mas chico que se ha visto. —Las que se casan con mil trabajos son las niñas de la clase media, y las de medio pelo; estas últimas son esas que sin pertenecer á la clase ínfima, tampoco pertenecen á la media, sino á una clase como si dijéramos entre *merced y señoría*, entre señoritas *cursis* y costureras, guanteras y bordadoras anónimas, que cosen y bordan porque han venido á menos, y por supuesto sin que lo sepa nadie mas que todo el mundo.

Pues, como digo, las niñas de la clase media se han empeñado en lucir, y se han dado á los trapos y á los moños, y el lujo cuesta muy caro, y los hombres se escaman y no se casa uno aunque le pelen, es decir, porque no le pelen. Si el que tiene poco pudiera hallar mujer que con poco se contentára, no habria tantos solteros, porque, dígase lo que se quiera del matrimonio, á nadie le amarga un dulce, aunque luego se le vuelva ágrío, pero, amigas y señoras mias, ustedes tienen muchas pretensiones y quieren muchos ringorrangos, y, la verdad, los hombres no estamos para esos trotes.

Dolorcitas se casó al fin; se casó con D. Marcos, un hombre ya hecho, pero muy formal, muy bueno, —mejor sea el año,—jubilado con 20,000 realitos de sueldo, viudo de su primera mujer, que está en la gloria, mientras Dolorcitas, la segunda, está en el infierno, porque Dolorcitas es muy desgraciada, como que D. Marcos, con perdon sea dicho, es muy bruto. Y aunque es muy malo que sea bruto, no es lo peor

eso, sino que tiene toda la apariencia de un hombre fino, atento, de buena educacion, inteligente, amante de su mujer, y la reputacion de un ciudadano honrado, religioso, pacífico, etc., etc.

Y es un arrastrado, un hombre inconsiderado, avaro, receloso, mal criado, y por añadidura el marido mas cócora y cominero que pueden Vds. figurarse; pero este hombre, que en casa es todo lo malo que hay que ser, desde una fiera hasta un tonto mal intencionado, es fuera de casa otro hombre, un hombre que engaña á todo el mundo, y de quien todo el mundo se hace lenguas, modelo de maridos, de patriotas y de todo lo bueno.

Como se llama D. Marcos, lo primero de que está escamado es de su propio nombre, y es el celoso mas ridículo é insufrible, porque no está celoso por amor que tenga á su mujer, sino por el condenado gusto de mortificarla. Si su mujer quiere salir; si habla casualmente de fulano ó mengano; si se pone detrás de las vidrieras del balcon; si se peina de esta manera ó de la otra; si da besitos á la perra; si habla con la criada; si saluda al escarolero que está en la puerta de la salchichería de enfrente; si va á misa temprano; si en la calle se vuelve á mirar á alguna dama vestida elegantemente; si no quiere salir de casa; en fin, si ve, si oye, si se mueve, si llora, si rie... siempre ha de ser porque hay algo, porque le oculta algo, porque de algo le remuerde la conciencia, cuando á la pobre mujer no le remuerde la conciencia mas que por haberse casado con un hombre, Dios me perdone, tan arrimado á la cola.

D. Marcos está siempre de mal humor en su casa; si la comida es buena y abundante, su mujer sufre una andanada de barbaridades, acusándola de derrochadora y poco celosa de los intereses de su marido; si la comida está escasa, despues de poner el hombre un hocico de vara y media, y dar golpes en la mesa con el cuchillo, y romper algun vaso, se desata en denuestos contra su mujer, que no sabe adivinar sus gustos y poner cosas buenas, sin gastar dinero. D. Marcos no tiene nada que hacer, y todos los dias inspecciona la casa, ve lo que está limpio y lo que está sucio, pasa el dedo por las sillas que tienen polvo, examina todos los cacharros, y vierte, en fin, un capítulo de cargos contra su mujer, que se disculpa con la indolencia de la criada y con que ella no está acostumbrada á esos oficios mecánicos que hay que desempeñar en las casas. Y de aquí el lamentarse D. Marcos de haberse casado, y haber elegido por mujer á una señorita tonta, y de otras desgracias que le ha hecho conocer el matrimonio, concluyendo esta escena diaria con un portazo que da D. Marcos saliendo de estampía de su casa para presentarse en la calle, ó en visita con el rostro placentero y amable, y con esa risita particular de los hombres bonachones.

D. Marcos es muy amigo de hacer visitas, no porque quiera á nadie, ni le importan tres pitoslas familias que le dispensan amistad, sino porque es muy curioso y le gusta oler, y saber, y averiguar vidas ajenas, y murmurar del prójimo de la manera mas suave, y así como si estuviese poseido siempre de un gran interés por el bien del género humano. A la mujer la lleva el



demonio, ó sea su marido, cuando este se empeña en ir á visitas, que es un dia sí y otro no, por lo menos, porque delante de gente no han visto Vds. un hombre mas complaciente, mas amante de su mujer, mas cuidadoso de la salud de esta; la llama su Dolorcitas, la prodiga los nombres mas tiernos y encarece la felicidad en que viven desde que el cura bendijo su matrimonio, cuida de que no se ponga su costilla cerca de una puerta por donde pueda entrar aire, la coge la mano y se la estrecha con efusion, y si no la planta un beso, es porque no está bien eso delante de gente. Y ¿qué ha de decir Dolorcitas? ¿Descubrirá las garrafales faltas de su marido?.. ¿Dirá que es un hombre de alma atravesada, un marido brusco, grosero, exigente, ridículo?.. Por mas que dijera de su marido, no lograria ser creida. Él se ha formado ya su reputacion de buen ciudadano y buen marido, y aunque la patria no le debe favor alguno, y su mujer vive mártir, será el hombre buen ciudadano y buen marido hasta que se muera y despues, porque no faltará quien lo haga constar en la lápida del nicho para ejemplo y enseñanza de muertos y vivos.

Dolorcitas está enferma, como que no es posible tener el cuerpo sano cuando se tiene el alma frita, cuando se vive al lado de una persona que parece tener especial complacencia en quemar la sangre y excitar la bilis, y poner á prueba la paciencia de quien por fuerza tiene que sufrir y callar, porque hablar es mucho peor. Pues no pueden Vds. figurarse cuántos arrumacos hace el indino á su *pobrecita Dolorcitas* cuando va el médico, á quien pide la salud de la tris-

te con lágrimas en los ojos, sin perjuicio de la promesa de encender velas á la Virgen de la Paloma y á Nuestra señora de los Remedios, que si no les lucieran otras velas que las que D. Marcos les pone, estarían siempre á oscuras; y luego que el médico se va, luego que están solos, se burla de los males que dice que finge su mujer, y acaba por insultarla y renegar de su destino y del matrimonio.

Dolorcitas es tonta la pobre, es lo que se llama un alma de Dios, que los tunantes como D. Marcos dan de ordinario con estas mujeres, porque si dieran con otras, ó habian de corregir mucho su carácter, ó al fin y al cabo sus mujeres se reirian de ellos grandemente.

D. Marcos engaña de tal modo á las gentes, que hasta la misma madre de su mujer, la suegra, que es cuanto hay que decir, le tenia en opinion de santo, y la pobre, al morir, dijo á su hija que moria con el gran consuelo de que la habia casado con un hombre de bien.

Aquí debo hacer notar que el mundo llama hombres de bien á los que no roban, ni estafan, ni tienen vicios conocidos, y hay muchos de estos hombres de bien que en el hogar doméstico son verdaderos criminales, ladrones de la felicidad de sus familias y verdugos de cuantas personas viven con ellos.

Figúrense Vds. qué suerte tan triste la de la pobre mujer condenada á vivir con un hombre que no la respeta, que la escarnece, que le echa en cara groseramente el amargo pan que come, que si no llega al extremo de decirlo, manifiesta en sus acciones, en sus palabras, en su conducta, que la compañera que eli-

gió le parece carga que le abrumba y desespera, que es lo mismo que desear que la muerte,—y no la suya, porque el malo es siempre egoísta,—venga á desatar un lazo que se le hace insoportable... Y no es esto lo peor: el tormento mayor es tener que reirse y parecer contenta delante de gente, y recibir con placer manifiesto las felicitaciones de los que creen que el marido es un bendito, y acaso tienen mejor opinion del verdugo que de la víctima.

No faltará alguna envidiosa que diga: — «No merece el marido que tiene.»

Matrimonios como este hay muchos en el mundo. En medio de la tranquilidad, de la felicidad del amor conyugal aparentes con que estos matrimonios se presentan en sociedad, el curioso observador hallará siempre algo, un no sé qué, una sombra, una cosa que no se explica; pero que le hace sospechar que la procesion anda por dentro, y que la esposa y el esposo no están acordes mas que en eso de vivir rabiando, que es una arrastrada vida; pero que desgraciadamente es la vida de muchas gentes *felices*.

---

## TERCERA PAREJA.

---

### I.

El matrimonio que tengo el gusto de presentar á ustedes ocupando el tercer cuadro de mi galería, es un matrimonio en que interviene el mismísimo demonio, que es un terrible casamentero. Ella, la mujer, es una dama de treinta y tantos años para el mundo, y de cuarenta bien cumplidos para la parroquia donde fué bautizada, en cuyos libros hay una fecha unida á su nombre de pila, fecha que desearia ella borrar, á costa de todo género de sacrificios.... Se llama doña Teresita, y la pobre es fea como un coco; pero tiene dinero, viñedos, casas en Madrid, títulos de la Deuda, que heredó de su padre, un comerciante que vino á Madrid con dos borriquillos cargados de carbon, y tuvo tanta maña, que siendo un animal, sin mas talento que el de saber hacer dinero, que es el ma-

por talento en este siglo positivista, se casó con una marquesa tronada, de la que nació Teresita, fenómeno de la naturaleza, que desde niña prometía ser la estampa del demonio, de la mujer del demonio, pues que Teresita es hembra, y ha cumplido fielmente lo que prometía.

Eso sí, Teresita es fea como ella sola, que es todo lo mas feo que se puede imaginar, pero sensible y zalamera, y coqueta mas que ninguna. Desde la edad en que debió tener uso de razon, que como nunca la usa la tiene siempre entera, desde que se vistió de largo, y vió gente, y asistió á tertulias, y leyó novelas, comenzó á demostrar una sensibilidad tan esquisita, un gusto tan pronunciado por el romanticismo y la tontería, que era la admiracion y el encanto de sus padres, y el tormento, cuando no el hazmereir, de sus parientes, amigos y criados...

A los quince años se enamoró de un teniente de caballería que vivia enfrente, y no la miraba siquiera, y estuvo la pobre tan mala, que su padre tuvo que sacarla de Madrid y la llevó á Ciempozuelos para que se distrajera, y allí se enamoró de un mozo que todos los dias pasaba dos veces por delante de su casa, cuando iba ó volvía de las heras. Empeñada estaba en que aquel mozo era un principe perseguido y disfrazado, y un dia en que por casualidad entró en la casa el príncipe, le hizo ella tales guiños, le habló de tal manera, que el pobre chico no volvió á pasar por delante de la casa de la señorita, que, segun él decia, estaba tocada de la cabeza. Su padre la trajo á Madrid, temeroso de que sucumbiera á una pasion de ánimo, y

en Madrid se enamoró sin éxito de uno que estaba con un escribano, de un empleado en loterías, de un cómico que hacia el galan en una comedia de magia, de un poeta melenudo, tétrico y ensimismado que vivia en el cuarto tercero, y todas las noches estaba recitando herejías, y por el dia escribia fajas en la administracion de un periódico, de un peluquero que vivia en la tienda de la esquina, y siempre estaba á la puerta en mangas de camisa y con el pelo muy rizado, y en fin, hasta de un cesante que iba de cuando en cuando á pedir al padre de la niña que le dispensase el favor de prestarle ocho ó diez duros hasta fin de mes, al cincuenta por ciento.

Teresita decia que habia nacido para amar y ser amada.— Para lo primero podia ser, pues para dar tormento ¡al prójimo nace mucha gente; pero para lo segundo no podia creerlo nadie que mirase aquella cara subversiva...

Sin embargo, Teresita encontró quien la quisiera, es decir, quien la quisiera no, sino quien se dejase querer por ella, que ya era un gran sacrificio. Sí, señores, D. Arturo de la Escobilla, empleado con cinco mil reales de sueldo, muchacho fino, atento, de buena sociedad, diestro en el baile, y lo que se llama un real mozo, fué presentado en casa de doña Teresita, y no se desmayó al verla, porque era un hombre muy templado; pero ella al verle sí que estuvo á punto de desmayarse, porque hizo en ella ¡honda impresion la apostura del mancebo, que en verdad es uno de los buenos mozos que hay en Madrid.

Y se enamoró de él; pero loca, furiosa, rabiosa-

mente; la pobre chica no comia, no dormia, no hallaba descanso ni sosiego, y cuando Arturo entraba en la casa, se ponía la infeliz de todos los colores conocidos, y no acertaba á andar ni á hablar, y daba unos suspiros que hacia echar á correr á dos gatos y un perro que habia en la casa. ¡Y cuando bailaba con él! ¡Ay! ¡Dios mio! aquella mujer se derretia, se deshacia, se caía á pedazos, tal era la emoción que sentia.

Arturo, cada vez mas aficionado al lujo, y á gastar, y á hacer papelón en la sociedad, estaba dado á cinco mil demonios con no tener mas que cinco mil reales de sueldo. y una noche, ya desesperado, se decidió á declarar su amor á Teresita, que tenia, como queda referido, muchísimo dinero.

La noche en que Arturo soltó la declaracion, Teresita se puso mas fea que nunca. El amor, que todo lo embellece, ponía á la pobre mucho mas fea. Se desmayó, lloró, se rió, se hincó de rodillas dando gracias á Dios. y al galán le dió un sí, con mas alma que un diputado que cobra á un gobierno que paga.

Y aquí empezó D. Arturo á padecer... ¡Qué celosa! ¡Qué pegajosa! ¡Qué fastidiosa! ¡Qué babosa se puso Teresita! Arturo tenia que pasar todos los dias dos veces por la acera de enfrente, y estar un cuarto de hora mirando al balcon, donde se ponía la novia á hacer visajes, á mirar al cielo y al suelo, á ponerse la mano en el pecho y en la frente, con lo que las gentes que pasaban, creían que Arturo estaba contemplando á una mona. Además, tenia que escribirla dos cartas cada dia, cartas de cuatro carillas, para decirla ternezas, y lo que era todavía peor, estaba obligado á reci-

bir otras dos que escribía ella con tinta encarnada,—y decía que era sangre de sus venas,—cartas llenas de atrocidades, en las que le descubría su pecho y le decía todos sus pensamientos, y le requebraba de la manera mas tierna imaginable, y le amenazaba con darle sublimado corrosivo si por casualidad sabia que le era infiel, y le pedía pelos de la cabeza, del bigote, de las patillas... y le mandaba un rizito, un corazoncito hecho por ella de una uña, ó, lo que era mas lastimoso, un soneto con patas forzadas, por no decir piés, que no lo hubiera hecho mas malo el aguador. Y si un dia Arturo se retrasaba un minuto. ya la tenían ustedes con un síncope, y tenía que ir el médico, y se ponía como loca á delirar, y á hablar de venganzas, maldiciones, muerte y esterminio. Y si Arturo no escribía las cuatro carillas, sospechaba una horrenda traicion, y enviaba á la doncella, al lacayo, al portero, para que espíaran al galan, y preguntaran en la oficina y se informaran de la patrona, y del sastre del portal de la casa del mismo acerca de las entradas y salidas que hacia, de las personas que le iban á buscar, del traje que llevaba, etc., etc.

Tentado estuvo cien veces el bello Arturo de no volver á parecer por la calle ni la casa de Teresita, y dar fin y remate á tan abrumadoras relaciones; pero el ministro no le ascendía, sus deudas ascendían á regular cantidad, los acreedores le acosaban y solamente les podia calmar con la promesa de casarse con Teresita, mejor garantía para ellos que si se la hubiera ofrecido el ministro de Hacienda. Y no tenía el pobre mas remedio que seguir sufriendo con toda la



paciencia de que podia disponer la pesadumbre del amor cargante de aquel mónstruo de la naturaleza.

La familia de Teresita no veia con buenos ojos el amor de Arturo, porque creia que era poca cosa un empleado de cinco mil reales para casarse con una jóven que tenia tan escandalosa fortuna; pero Teresita aseguró que se iba á morir si no se casaba con él, y como un padre no quiere que su hija se le muera, aunque sea mas fea que un pecado mortal, no hubo mas remedio que acceder á los deseos de la hija de la casa, y empezar á hacer los preparativos para llevar á cabo el atentado.

Y estando en estos preparativos, murió el padre de un atracon de guindas, que tenia costumbre de tragarse los huesos tambien, porque decia que todo costaba el dinero, y la boda se aplazó para cuando pasase el luto.

Y como todo *pasa*, pasó el luto, y una mañana Arturo salió temprano por la calle, solo, libre, independiente, y mas tarde le vieron salir de la iglesia acompañado de una como mujer, vista por detrás, y como mascarón de proa, vista por delante.

## II.

Pasemos por alto los primeros dias del matrimonio que tengo el honor de presentar á Vds. Teresita, cada vez mas enamorada de Arturo, y Arturo dado á todos los demonios, como que su mujer valia por todos, y deseando que pasase el tiempo y templase el amor de

su mujer que, por extremado y extremoso, era ya insoportable para él, toda vez que él no la tenía ninguno, y solamente tenía puesta la mira en el dinero que había aportado Teresita á la sociedad conyugal.

Eso sí, á don Arturo le vistió grandemente su mujer con un frac de rico paño, con un gaban largo de pelos largos, con unas camisas bordadas hasta allí, y le regaló un magnífico cronómetro, y le colocó su retrato,—el de ella,—en un dije de reloj, en los gemelos, en el alfiler del cuello, en una sortija, y no sé si también se lo pondría en las ligas, en los tirantes, en el fondo del sombrero y en la suela de las botas.

Bien lució el marido la recién casada, llevándole á todos los paseos, á las iglesias, á las tiendas, á los teatros, á la formación, á la exposicion de pinturas, á todos los sitios donde había gente de faldas, que envidiase su buena fortuna.

Una mujer hermosa, apoyada en el brazo de un hombre feo, parece más hermosa todavía; y engrandece, y defiende, y honra, y embellece casi casi al feo que la acompaña, y el feo no hace mal papel ni se pone en ridículo; pero el hombre hermoso, guapo, buen mozo, que lleva colgado del brazo un estafermo de mujer, fea como un coco, muy compuesta y empergilada, va en berlina, aunque vaya á pié.

Y así iba Arturito con su adjunta, hecha un brazo de mar negro, y hecho él un brazo de mar rojo de vergüenza cuando encontraba amigos, que le sonreían de una manera significativa, ó alguna de sus antiguas conquistas, que soltaban la carcajada viéndole tan bien acompañado.

¡Y cuánto sufrió el pobre en el teatro, donde tomó abono su mujer, que siempre le ponía en primer término en el palco, para que la concurrencia le viera, y como diciendo:—«Ahí le teneis; yo me he casado con el mejor mozo de Madrid.» Y todas las miradas clavadas en él, dirigidos á él todos los anteojos, y siendo ambos cónyuges una nueva parte de la función, no anunciada en los carteles.

Y en visita, ¡qué cariñosa se ponía la maldita! ¡qué de mimos le hacía! ¡cómo encarecía la felicidad en que vivían, y cómo le obligaba á confesar que era mucho mas feliz de lo que merecía!

En fin, que el hombre que se habia casado por el dinero, se halló con que no tenía mas que buena casa y buena ropa, y que estas ventajas no compensaban el incomparable tormento de vivir mártir de una mujer fastidiosa, antipática, tonta y fea...

Llegó Arturo á no poder sufrir tan arrastrada á la par que cómoda vida; quiso alguna libertad, salir solo, ir al café, tener amigos, distraerse honestamente, gastar, y allí fué Troya.

Teresita se opuso á que saliera solo, á que tuviera amigos, á que fuese al café, á que se distrajera de otro modo que diciéndola ternezas y enamorándola, como si se pudiera en ley y conciencia pedir á un hombre que enamore á una mona, que no otra cosa parecia la heroina de esta verídica relacion...

Otras mujeres ricas hacen á sus maridos administradores de sus bienes, se los entregan, tienen confianza en ellos, pero eso es lo que no hizo Teresita, porque le decia á su marido:—«El dinero es la perdi-

cion de los hombres, y yo no quiero que te pierdas porque me moriria de pena y de rabia.»

¡Y cuánto sentia no perderse Arturo! Pero ella era inflexible, adivinábale los gustos, traíale cuanto necesitaba, ponía todos los sastres de Madrid á su disposicion, le tenia suscrito á los periódicos franceses dedicados al importante ramo de modas de caballeros, le compraba todos los elixires, pomadas, aceites, cosméticos, untos y unguentos que inventa el vecino imperio, que, con tal de sacar dinero á los propios y á los extraños, inventará un dia hasta peines para las uñas y cajas de música para llevarlas colgadas de las orejas, cosa que yo no censuro, porque me gusta el ingenio y el trabajo.

Como Arturo tenia fama de ser rico, venian sus amigos, á pedirle dinero los más, otros á sacarle de sus casillas, otros á proponerle grandes negocios, y con todos tenia que quedar mal, porque no podia disponer de la mas ínfima cantidad. Su mujer era muy previsora, queria que su fortuna administrada por ella, que á esto se dedicaba en los ratos que la dejaban libre las expansiones de su amor, pasase aumentada á poder de sus hijos, que no los ha tenido, y se negaba á todo lo que no fuera razonable.

Los acreedores de Arturo, cansados de esperar le acometieron, y el pobre tuvo que sufrir la humillacion de que viendo que de él no sacaban mas que buenas palabras y suspiros, que significaban el mas profundo arrepentimiento por las deudas y por la boda, se dirigiesen á su mujer, á la que pusieron en autos de la vida pasada del buen mozo, y la amena-

zaron con que le llevarian á los tribunales si ella no le facilitaba medios de solventar las cuentas pendientes. Teresita pagó las deudas, hizo lo que un padre cuidadoso de su decoro hace por un hijo menor de edad, y por tanto irresponsable, pero la vida pasada de Arturo le sirvió de tema para grandes recriminaciones, y le ocasionó ataques de nervios, desmayos, calenturas, amarguras y crispaturas, con lo que probó la paciencia de aquel real mozo, que no puede verse en verdad mujer mas fastidiosa que la suya cuando decia que estaba mala. El golpe de las deudas acabó de quitar á Arturo toda esperanza de lograr el único deseo que le habia obligado á casarse con Teresita, el de tener dinero. Teresita no dió un cuarto, y poco á poco voló por Madrid la fama de lo que pasaba en aquel matrimonio; y si Arturo hubiese pedido dinero, no hubiera encontrado quien le prestara, sin que firmase el pagaré su mujer.

El, realmente, no necesitaba dinero para vivir; tenia cubiertas sus necesidades, y si hubiese amado á su mujer, no hubiera echado de menos la falta de dinero; pero su dignidad estaba por los suelos, su deseo burlado, su amor propio ofendido, su soberbia humillada... Y comenzaron las desavenencias y las continuas peleas, y él llegó á lanzarla el insulto horrible que no se puede lanzar á ninguna mujer de que ¿quién se habria casado con ella por otra cosa que por el dinero?... Y ella le echó en cara su pobreza y su empleo de 5,000 reales, y él la reprochó ser hija de un tío carbonero, que vino á Madrid con dos seras, mitad carbon y mitad pedruscos, y la casa de Teresita fué

un infierno y ella fué desgraciada y desgraciado él, y con dinero, y con todas las comodidades, y coches y abonos, y lujo, hubiérase acaso cambiado ella por una de las modistas constantes abonadas á Capellanes, ó por la doncella que la vestia, y él por el meritorio más infimo...

Han pasado algunos años.

Teresita es rica, ha sabido defender su hacienda.

Esto se lo debe á su marido, que la hizo conocer muy pronto que se había enamorado de su dinero.

Si no lo hubiese conocido, si aquel hubiera sido mas pillo, como *verbi gratia*, muchos que andan por esos mundos, probablemente á estas horas estaria arruinada, no tendria ni marido ni dinero: aquel y este se hubiesen gastado en locuras y devaneos.

Hoy tiene dinero, pero no tiene marido, es decir, lo tiene, pero no lo tiene, no vive con ella, dejó todas las comodidades que tenia, voló á recobrar su libertad y su empleo de 5,000 reales...

Como aqui varian tanto los ministros, y cada ministro lo que hace es quitar los empleos á los que los tienen para poner á los que no los tienen, Arturo ha estado ya cuatro veces cesante, un mes cada vez, y en estos cuatro meses ha escrito á su mujer cuatro cartas iguales á esta:

«Señora: estoy cesante; si me presta Vd. veinte duros para este mes, se lo agradecerá S. A. y S. S. Q. B. S. M.—ARTURO.

Cuando está en activo servicio, no pide á su mujer un cuarto. ¿Para qué se casó el pobre tonto?

Quería dinero, y por tener dinero consintió en ca-

sarse con una mujer fea, sufrió humillaciones, perdió lastimosamente el tiempo, renunció lleno de vanidad el modesto destino de 5.000 reales que al cabo de dos años ha tenido que volver á pretender vergonzosamente, ha perdido para toda su vida la tranquilidad y la alegría, tiene que pasar á los ojos del mundo, por su separacion de su mujer, por un hombre vicioso, por un marido criminal, y por último, es un buen mozo ya muy traído y llevado, en quien nadie repara, é inútil de todo punto. ¿Y ella?... Ella es muy desgraciada. y lo es porque quiso, porque olvidó que la mujer para ser feliz casada, no debe casarse sino con quien la ame sobre todas las cosas de este mundo.

Teresita está hoy mas fea que ayer. y mañana mas que hoy, lo mismo que era liberal *El Clamor público* en su tiempo, y sin embargo, ¿querrán Vds. creer que aun hay caballeros que, casada y fea como es, la galantean?...

El dinero es cómplice, cuando no es origen de todas las acciones feas.

Sirva este ejemplo á las mujeres feas que tienen dinero, y á los hombres que pierden la vergüenza.

---

---

## CUARTA PAREJA.

---

### I.

Lucía ha sido en vida de sus padres una niña mimada. Su padre y su madre adoraban en ella; lo que nada tiene de particular, porque el amor á los hijos es acaso el único sentimiento que en el progreso de la desmoralizacion conserva puro la humanidad, aunque esa misma perturbacion moral que todo lo invade y todo lo empequeñece y todo lo trastorna, haya venido á influir poderosamente en la educacion que los padres dan á sus hijos, que no suele en muchos casos ser la que ha de hacer feliz, si se puede ser feliz, á quien la recibe. La relajacion de las costumbres sociales, el descreimiento, la ambicion, el lujo, la falta de respeto entre los hombres, la vanidad, la soberbia, el egoismo; todas estas desdichas que la ciega



humanidad aclama y profesa son causa de la falsa educacion, y esta mala educacion tiene espantosas consecuencias en el hogar doméstico y en el porvenir de los pueblos.

Pero ¡qué demonio! ¿á dónde voy á parar con este sermon?... Perdone el lector que me haya distraido y sigamos él y yo con la historia de Lucía.

El padre de Lucía fué un buen hombre, que tenia la manía, como cada cual tiene la suya, de hacerse rico; y el pobre, como no era un pillo ni tenia trastienda, se metia en negocios y especulaciones, en que los que le hacian meterse se llevaban bonitamente los cuartos que él sacaba de su bolsillo. El hombre quiso explotar minas, fábricas, empresas de crédito, canales, rios, arroyos, montes y valles, y al fin el único explotable y explotado fué él, que cuando se fué á la gloria, ó acaso al limbo por lo inocenton, no tenia una peseta, ni fué á acompañar su cadáver ninguno de los pillos farsantes que le gastaron su fortuna.

Y aquí me ocurre consignar el especial tino que tienen todos esos proyectistas que viven con el dinero ajeno para buscar personas capaces de creer que lo que vale 10 puede valer 10,000, y que es fácil sacar de un pozo melones y sandías, y de un monte besugos, sábalos y barbos, y que el que parece hombre de bien lo es, y que el que está siempre hablando de su honor es un santo digno de un altar. Hay muchos inocentes en el mundo, y tan inocentes que se les engaña una y otra y otra vez, y no escarmientan hasta que bien explotados ya, no hay quien los quiera engañar. Entonces se quejan y reniegan del mundo, y

caen de su asno, y se dan á los demonios cuando la cosa ya no tiene remedio.

Pues como decia, Lucía era una niña mimada, y por consiguiente caprichosa, voluntariosa, soberbia y vana. Lo que decia la niña era lo que se hacia en la casa, y sus padres estaban sumisos á su voluntad y á su capricho.—No hay nada mas repugnante que una de estas niñas dominantes y orgullosas, y nada mas digno de lástima que un padre que no sabe educar á sus hijos.

Lucía tuvo el mando de la casa desde que cumplió los catorce años, y manejó á su padre y á su madre como quiso. Era entonces una niña cargante, con pretensiones de mujer, que solo podia hacer gracia á sus padres, que eran bobos. Lucía no tuvo amigas, hubiera querido humillarlas y dominarlas; y como su carácter se conocia pronto, las familias que conocian á sus padres no la miraban con mucha simpatía.

A los diez y seis años empezó á tener novios, porque eso sí, la muchacha era como una perla, y valia la pena de echarla cuatro requiebros; pero entre diez ó doce novios que tuvo en un año, no hubo ninguno suficientemente dócil y pusilánime, y además enamorado, que sufriera sus caprichos, sus coqueterías y sus necedades, y uno tras otro fueron retirándose, que una niña tonta, y coqueta, y caprichosa, y soberbia, amengua con estas deplorables cualidades su hermosura, y no quede llegar á interesar á ningun hombre que en algo se estime, y que no sea un tonto de capirote ó un pillo de playa, en cuyo caso tam-

poco interesará, pero será cruelmente engañada.

Un año se le antojó á Lucía ir á bañarse en el mar para ponerse buena, aunque no estaba mala; no hubo mas remedio que comprarla el sombrerillo, la falda, el saco de baño y otros tres ó cuatro vestidos para paseo, teatro y visita, y tomar billetes para ella y su madre que la acompañó, porque su padre tenia que permanecer en Madrid entregado á sus especulaciones, quiero decir, á las de los que especulaban con él. Valencia fué el punto elegido para que la niña se remojase, y allá fueron hija y madre muy ufanas, aquella porque iba á los baños como fulanita, y zutanita, y esta porque siempre lo estaba cuando su hija hacia su regalado gusto y se encontraba satisfecha; amen de su vanidad de madre, se regocijaba de que viesen los valencianos, que tan bellas hijas y esposas tienen, que tambien en Madrid nacen mujeres guapas, como lo era Lucía, que nada hubiese perdido seguramente con ser fea.

Llegaron, se instalaron en una fonda muy concurrida y animada, entre cuyos huéspedes hizo gran efecto la belleza de la niña, con la que no podian compararse las casadas talluditas, las viejas blanqueadas y emperejiladas, las solteras enfermizas y las viudas dengosas y cariacontecidas, que á la sazón formaban la parte hermosa de la sociedad reunida en aquel público establecimiento. Allí habia viudos verdes y de todos colores que la miraban con una tentacion irresistible, á pesar de la experiencia que ya tenian; casados que la miraban á hurtadillas y con disimulo, y comparándola con sus mitades respectivas, se do-

lian acaso de haberse casado tan pronto, y lamentaban que los hombres no vean claro hasta despues de casados; y por último, solteros que ante aquella peregrina belleza se olvidaban de las demás, y se quedaban encantados contemplando su donosura y gallardía. Por ponerse á su lado en la mesa redonda, hubieran dado todo lo que tenian y lo que no tenian; pero en las mesas redondas hay que guardar el turno correspondiente, y cada uno ocupa el sitio donde le ponen.

Tocóle en suerte que tomasen asiento á su lado la mamá y la niña á un estudiante tunante, que por entonces habia ido á Valencia á recoger el importe de una herencia que le habia legado un tio sin hijos, que habia tenido el mal gusto de estar ahorrando ochavos muchos años hasta reunir diez mil duros, para que luego viniese un sobrino de los demonios á gastar alegre y prontamente una suma con tantos trabajos y tales privaciones reunida.

Calixto, ó don Calixto, porque diez mil duros, aunque no son gran cosa, ya le dan un don á cualquiera, era un mozo listo, tenia despejo, buena figura, buena ropa, y habia aprendido en su carrera de amoríos y galanteos á ganar la voluntad de las mamás, con lo que tenia mucho adelantado para ganar con mas facilidad la de las hijas. Desde el primer dia Lucía advirtió que Calixto era un buen mozo, y la mamá notó que era un muchacho muy fino.

Y el muchacho fino era un trueno, un estudiante que no estudiaba, gran perseguidor de mujeres, jugador incansable y holgazan de profesion, que cuando

se vió con los diez mil duros del tío en el bolsillo, creyó que el mundo era suyo y que tenía una fortuna colosal.

El lector ha sospechado ya que Lucía se echó por novio á Calixto, y mas valia que se hubiese echado de cabeza al mar; en efecto, pocos dias despues, Calixto acompañaba constantemente á la niña y á la mamá y las compraba dulces, y las llevaba al teatro, y no se separaba de ellas, y se daba una vida de príncipe, y era el relumbron de la fonda, porque un muchacho guapo y que acaba de heredar una fortuna, es digno de todo acatamiento y de la mayor admiracion.

Y la niña estaba embelesada, y la mamá muy hueca con la compañía de aquel muchacho tan fino, al que mas de una viuda, y todas las solteras, y por el bien parecer no diré que alguna casada, miraban con interés y simpatía, lamentando que se dedicase á Lucía. que aunque era bonita, y lo confesaban porque no tenían otro remedio, tenía no pocas faltas, que en efecto tenía, y otras muchas que aquellas buenas señoras la atribuian, porque siempre hay que murmurar un poco, y una muchacha con novio guapo y rico es siempre objeto de cierta mala voluntad entre las mujeres ociosas.

El caso fué que Calixto interesó grandemente á la niña, que, como les sucede á las coquetas, se enamoró de veras, empleando todo lo peor posible su amor en quien no lo merecia.

Y volvieron á Madrid las viajeras, acompañadas de Calixto, que á pesar de ser un muchacho tan fino,

no hizo mucha gracia al padre de Lucía y le fué anti-pático sin saber por qué; pero la niña le quería y la voluntad de la niña era muy respetable.

El padre de Lucía aparentaba tener dinero, lo hubiera tenido si no hubiese sido tan inocente, y Calixto, que iba dando buena cuenta de los diez mil duros, pidió la mano de la niña, que el padre no se atrevió á negarle porque era la voluntad de la niña.

Y se casaron Lucía y Calixto, y aquella fué casi feliz una semana, porque al octavo dia ya empezó el mozo á hacer de las suyas, y al mes pasaba las noches fuera de su casa, comia con los amigos, iba solo al teatro y mal acompañado á los cafés, á las casas de juego y á los bailes, y á los dos meses le traian una noche sus amigos borracho perdido, y á los tres encontró su mujer cartas y pelo de una Aurora, que debia estar bastante nublada; y á los seis meses la maltrataba de palabra, y á los ocho meses se murió el padre de la niña, y á los diez la jóven esposa fué madre, y mientras daba á luz un hijo infeliz, el padre perdía en una casa de juego el último dinero, y se emborrachaba despues.

## II.

Como yo no he sido mujer nunca, no he tenido que sufrir á un mal marido; pero me figuro que debe ser un horrible dolor, inexplicable tormento. Lucía, la mimada Lucía, la que fué dueña absoluta en casa de sus padres, que eran humildes esclavos suyos, se halló al año de casada convertida á su vez en esclava,

pero esclava humillada, vilipendiada, maltratada por un miserable que tenia todos los vicios. Lucía, en su carácter dominante y en su orgullo, nunca hasta entonces contrariado, se revolvió contra aquel hombre. á quien imprudentemente habia hecho su dueño; pero la pobre no pudo por este medio corregir el modo de ser y los vicios del marido, y empezó para ella una horrible série de penas y trabajos.

Un capricho, y no amor profundo y arraigado, fué causa de su boda con Calixto, que se le hizo antipático y repulsivo, cuando la tristísima realidad de su estado la hizo conocer el gran error en que habia caído. Calixto, por su parte, cuando pasado poco tiempo, se halló casado y sin dinero, se arrepintió, y quiso romper la cadena que le parecia demasiado pesada.

Y prescindió completamente de su mujer, y se entregó á una vida disipada, y con el juego, las mujeres y el vino, entretuvo su ociosidad, y pasó las noches y los dias fuera de su casa; y cuando volvía, si por acaso volvía cuerdo, arrojaba una moneda á su mujer, cosa que dejaba de hacer muchas veces cuando la suerte le habia sido contraria en el juego, su principal ocupacion.

Y la que tan querida y mimada fué, y tan regalada vida pasó en casa de sus padres, tuvo frio y hambre y se desesperó, y casi tuvo intencion de huir de la casa conyugal é imitar á su marido, y luego pensó en matarse, y acaso hubiese llevado á cabo alguno de estos propósitos si no hubiera sentido en el seno nacer la vida de un hijo inocente, que no era culpable de la maldad de su padre...

El amor maternal regeneró aquella alma desesperada, consoló aquel corazón despedazado por el dolor, y la que fué hija caprichosa, vana y soberbia, se convirtió en madre amantísima y esposa resignada. Y entonces comenzó la felicidad de Lucía.—¿Como se puede ser feliz, preguntará alguna, teniendo un marido vicioso y viéndose en la miseria?—Y contestaré, que una madre es feliz cuando se propone cumplir con sus deberes, porque nada hay más grato que los deberes de madre, nada que tanto consuele y tanto aliento dé á las almas tristes, combatidas por la desgracia. Lucía olvidó en un momento su vida pasada, no se quejó más que de su fortuna, se resignó á vivir humilde y estrechamente, y por fin, no se atrevió ya á maldecir á Calixto, que era el padre de su hijo.

Quien no es buen marido no puede ser buen padre, y Calixto no renunció á su vida disipada y á sus vergonzosos vicios, ni cumplió mejor la nueva obligación que le imponía la naturaleza, que la que se impuso él mismo, casándose con aquella pobre niña, arrebatándola al cariño y á la paz de la casa paterna.

La niña mimada, la que nunca había cosido ni entrado en la cocina, ni aprendido á hacer cosa alguna de provecho, se dedicó con alma y vida á todas esas tareas de la mujer que, poco importantes á los ojos ajenos, son en el hogar doméstico de gran significación y trascendencia, y dan por resultado la buena higiene, la salud, la economía...

Era de ver á la señorita mimada levantarse al ser de día, abrir la ventana de su cuartito, limpiar los contados muebles que había dejado sin vender su ma-



rído, barrer, hacer las camas, servir de almorzar á su marido, si habia qué, cosa que no sucedia muchas veces, porque rara vez el alhaja del marido le entregaba el dinero indispensable, y luego, puesta la comida para ella, si habia qué poner, vestir al niño y consagrarse exclusivamente á él... No podria enumerar todas las humillaciones que sufrió la cuitada: ¡cuántos dolores, cuántas noches de insomnio, cuánta amargura, cuántos temores!...

Nadie hubiera creido que su naturaleza pudiese resistir á tantos golpes; pero Dios da una gran fuerza de espíritu, una gran voluntad á las madres buenas.

Vendida toda su ropa menos la puesta, agotados todos los recursos, Lucía, rompiendo completamente con su pasado, acudió al remedio de la mayor parte de los males, al trabajo, y en él halló purísimo consuelo y singular alegría, como que su trabajo era la vida de su hijo. Calixto, cada vez mas perdido, rodando cada vez mas rápidamente por la pendiente del vicio, pedia tambien, no pedia, exigia á su mujer el producto de su trabajo, y la pobre mártir tenia que hacer grandes esfuerzos de ingenio para lograr, con lo poco que ganaba, satisfacer á su marido y quedarse con algo para su hijo. Y el vicioso no iba sucio y desharrapado, como van por esas calles tantos infelices entregados al mal; iba limpio, con la ropa bien cosida aunque vieja, que la pobre mujer tenia tiempo para todo, para cuidar de su hijo, para cuidar á su marido, y para ganar con qué hacer todos estos milagros. De quien no cuidaba era de ella.

—Dios, decia muchas veces, castigó mi soberbia y



mi imprudencia, dándome un marido como el que tengo; pero por otra parte me ha dado en mi hijo el supremo consuelo, la fuerza suprema para llevar con resignacion todas las penas de este mundo, y bendecir su justicia y su misericordia, que siempre van juntas.

Llegó alguna mala época en que la infeliz tuvo poco ó ningun trabajo; y como no tenia ahorros. y su marido continuaba en su vida disipada, acudió á otro recurso bien triste, á la caridad pública. Todas las noches, arrebuja en su mantilla, que era un puro harapo, con su hijo en brazos, salia de casa, y se colocaba en la puerta de algun café muy concurrido, y mas tarde en la del Casino, y tendia la mano á los que entraban y salian. Su actitud era tan humilde y resignada, su acento tan melancólico y simpático, que pocas personas dejaban de dar limosna á la pobre madre. No faltó algun vicioso que hizo lo posible por conocer á la mendiga y aun la propuso infamias, que solo caben en un corazon muy pervertido; pero el lector sabe si hay corazones pervertidos bajo magnificas ropas. Lucía contestó con el desprecio.

Lucía pidiendo limosna ganaba mucho mas que trabajando; pero ¡con cuánta amargura recibia aquel dinero que debia á la caridad de unos y á la curiosidad de otros, que veian en aquella madre una mendiga nada vulgar! Hubo noche que Lucía volvió á su casa con tres duros en el bolsillo; y la noche que menos reunia tres ó cuatro pesetas, una riqueza para ella, pero ¡qué triste riqueza!... A su marido, que no pasaba las noches en casa, le ocultaba de dónde ve-

nian los recursos con que contaba, y el miserable, que vió un día un pantalon y un chalecho que su mujer le entregaba, para que dejase los que llevaba, que ya no le podian servir mas, la pidió cuentas de cómo habia podido reunir aquel dinero, estrañando que el trabajo, que, segun ella, era tan poco productivo, diese para tales galas. La esposa mártir calló, sufrió las recriminaciones, los infames pensamientos de su marido, y bendijo á Dios que la daba resignacion. Una noche, la última que Lucía habia determinado salir á pedir limosna, porque ya tenia para hacer frente á la falta de trabajo, ahorrados unos 300 reales, volvió á su casa el marido, que, no hallándola, sospechó de su mujer la mayor infamia. A patadas abrió la endeble puerta de la habitacion, entró y registró... en un rincon, oculto por la cuna del niño, halló un trapo en el que estaban envueltos los 300 reales.

El miserable creyó que aquel dinero era el premio de alguna deshonrosa accion; pero como era dinero, no tuvo inconveniente, á pesar de sus sospechas, en cogerlo y salir con él, ansioso de doblar ó triplicar la cantidad en el *garito*, que aquella noche habia abandonado mas temprano por haberse quedado sin un cuarto y no haber hallado ningun inocente, entre aquellos pillos que frecuentaban el *establecimntento*, que le prestase dos tristes pesetas.

—La abandono, decia el infame, no volveré á verla... ¡Ojalá gane esta noche, que no estaré mucho tiempo en Madrid! Es verdad que yo no la mantengo ni la doy un cuarto; pero... soy su marido...

Y el miserable se atrevia á invocar sus derechos de marido, como si tuviera derechos quien no los adquiere cumpliendo sus deberes.

Calixto corrió á la casa de juego, y ya iba á llegar cuando se le acercó una mujer que, alargando la mano, le dijo:

— ¡Caballero, una limosna por amor de Dios!

— ¡Vaya á trabajar! contestó el perdido; y al mismo tiempo la mujer, conociendo al jugador, dió un grito y cayó en tierra con el niño en sus brazos.

Calixto fué á levantarla y vió á su mujer.

. . . . .

### III.

Han pasado algunos años, y Lucía y Calixto viven contentos y felices, aunque modestamente, con su hijo, que promete ser muchacho de provecho. Dios tocó en el corazón de Calixto, que desde la noche en que vió á su mujer pidiendo limosna para él y para su hijo, se ha convertido y hecho un hombre honrado, que por no avergonzarse no recuerda aquella época de su vida, y que venera á su mujer. Esta le ha perdonado. El trabajo, y la voluntad, y la economía, han dado á esta familia la santa paz de los buenos en el mundo.

Si Lucía hubiera seguido los instintos á que obedecía, merced á la mala educación, si no la hubiera enviado Dios un ángel de la Guarda en su hijo, acaso Lucía estaría completamente perdida, acaso sería Calixto forzoso inquilino de un presidio.

---

Los padres tienen el deber de educar á sus hijas combatiendo sus caprichos, acostumbrándolas á la humildad y á la pobreza. ¡Cuántos matrimonios, que no han tenido mas fundamento que un liviano capricho, hacen la perpétua infelicidad de las familias!

---

## QUINTA PAREJA.

---

### I.

Don Martin es un empleado en Hacienda con muchos años de servicio, y que nunca está cesante, porque su mujer lo impide, como que en cuanto entra un ministro nuevo ya está doña Dolores persiguiéndole, y llorándole, y presentándole cartas de recomendacion, hasta que le saca la promesa formal de *no tocar* á su marido, como ella dice. Cuando D. Martin se casó con doña Dolores, esta era una jamona, y él tambien habia vivido ya mas de cuarenta años, no habiéndose casado antes el D. Martin porque nunca se hubiera atrevido á pedir la mano á una mujer, como no se la pidió á Doña Dolores, que cuenta que ella misma se le declaró un dia que, con otras amigas y amigos, fueron de campo á la pradera del Corregidor. Don Martin aceptó, teniendo en consideracion que la exponente era mujer de muy buen ver, y se casó con

ella un domingo, para no tener que faltar á la oficina. Al principio se le hizo un poco cuesta arriba á don Martin la vida de casado, porque su mujer descubrió un génio dominante y una tendencia á quitarle la voluntad y el libre albedrío, no muy de acuerdo con lo que se dice en la Epístola de san Pablo, que es como el libro de texto de las casadas y los casados. Cuando don Martin volvía, despues de haberse permitido ir al café, á tomar un vaso de agua de castañas, ó á leer la *Gaceta* y el *Diario*, su mujer le ponía un hocico de vara y media; cuando salía de la oficina, y en vez de volver inmediatamente á la casa conyugal, se iba á tomar un poco el sol, y entraba en su casa un cuarto de hora despues, su mujer, sin decir una palabra, le echaba unas miradas que parecia que se lo queria mendar; cuando saludaba en la calle á alguna dama, ya tenia su mujer para estar hablando seis dias de la facha sospechosa de la señora aquella; y en fin, no hacia el pobre hombre ni hablaba cosa que fuera del gusto de su mujer, y á no ser por la escesiva prudencia del marido, hubiera sido el matrimonio para ambos un perpétuo infierno. Un dia D. Martin se dijo:

—Estoy casado y arrepentido, pero ya es tarde; puesto en el burro, no hay mas que sufrir los azotes: si entro en cuestion con mi mujer, vamos á estar regañando todo el año; y si estamos riñendo todo el año, voy á pasar una vida de perros, porque no hay cosa que mas me repugne que reñir y dar voces. Si me separo de ella, doy un escándalo y me expongo á la persecucion de mi mujer y á que todo el mundo me tenga por un hombre vicioso y por un marido olvidada-

do de mis deberes. No hay, pues, otro remedio que ser prudente, prudente hasta el heroísmo, entregarme atado de piés y manos á mi mujer, y que ella haga lo que le dé la gana. Dirán otros que soy un calzonazos; pero mas vale que digan eso, que no que pase yo rabiando el resto de mi vida.

Y desde aquel dia D. Martin es un cero á la izquierda de su mujer, que es un cero á la derecha. Don Martin es un hombre sin voluntad, que no habla, ni vé, ni oye, ni entiende, ni sabe mas que ir á la oficina. —Es en fin, el pobre D. Martin un muñeco animado que vive *trànquilo*, pero con la sangre mas quemada que un pisto manchego.

Don Martin se levanta, se viste con la ropa que le da su mujer, se afeita la mayor parte de los dias con agua fria, porque no ha de tener una la lumbre encendida al amanecer, como dice doña Dolores, debiendo advertir á Vds., que D. Martin se afeita á las nueve de la mañana; despues almuerza lo que le ponen delante de las narices, que suele ser un par de huevos y un vaso de agua, cuando no es tiempo de salchicha, que cuando llega este tiempo, todos, todos los dias le hace almorzar dos pedacitos de salchicha, sin perjuicio de dársela luego tambien para principio, con lo cual, si á don Martin le hicieran la autopsia, es seguro que le hallarian una salchicheria en el estómago. El hombre come y calla, y alguna vez, cuando está solo en el comedor, porque D. Martin almuerza y come á distintas horas que su familia, casi se le caen las lágrimas contemplando la salchicha negruzca, dura, quemada, que le sirven. Luego va á la oficina, donde



continuando el sistema adoptado para su vida privada, escribe y calla, y no habla del ministro, y no se mete en política, ni se permite censurar los nombramientos que se hacen, ni siquiera se queja de estar postergado.

De la oficina se va á su casa, á que le den la comida, que si está fria se la come sin decir palabra, y si está muy caliente se abrasa con ella, sin que el fuego que siente en el pecho y el estómago, le arranque la mas leve queja, y despues de comer ya está á disposicion de su mujer, que le dice que salga con ella, y sale con ella, ó le dice que se quede, y se queda, ó le exige que vaya á encargar una cuartilla de garbanzos, ó le manda á acompañar á la perra á dar un paseo por la calle. D. Martin hace lo que quiere su mujer. Si esta va á tiendas, la acompaña con la paciencia de un santo, y no despega sus labios; cuando su mujer quiere comprarle algo, va con él, pide el pantalon, ó la camisa, ó el chaleco para su marido, y ella elige la tela y el color, y no parece sino que don Martin es un niño de cuatro años. Así el pobre va siempre hecho un facha, porque su mujer tiene pésimo gusto, y hace tres años que todos los domingos se pone aquel una corbata encarnada que le compró doña Dolores cuando le ascendieron. Si va doña Dolores á visitas, D. Martin la acompaña, si tal es la voluntad de aquella; pero es lo mismo que si no la acompañara, porque no habla una palabra en visita, y se contenta con saludar con la cabeza, sonreirse, y afirmar todo lo que su esposa dice. Doña Dolores habla mucho en visita, cuenta todo lo que pasa en su casa y lo que no

pasa tambien, encarece lo que le dan que hacer sus obligaciones, porque ella es la que lleva el peso de la casa, porque *este*,—*este* es el marido,—no es para nada, ni pelea con los criados, ni hay quien le saque de las cosas de su oficina. Por supuesto que á creer á doña Dolores, siempre está sacrificada en aras del bienestar de su marido, y no vive por cuidarle y tenerle contento; y si no que lo diga él... y ¿qué ha decir el pobre?... Así es que todas las personas que conocen á este matrimonio, tienen á D. Martin por un tonto de capirote, por un imbécil, que se veria perdido si tuviera otra mujer, y á esta por un modelo de esposas y de madres, porque este matrimonio tiene una hija, una hija de catorce años, educada por su madre, y que es una tontuela que ya presume de mujer, y se suscribe á la *Mujer adúltera* y lee las novelas de Paul de Kock, y dice que le gustaria ser la *Dama de las camelias*, y lo mismo que su madre, tiene á su padre por un infeliz, y así se cuida de él como del rey que rabió. D. Martin no tiene un cuarto, como que su mujer es la que maneja el dinero, y la que le surte de aquello mas preciso, pero nada mas que de lo mas preciso, porque lo demas se necesita para la madre y la hija, que tienen que presentarse en otras partes, como por ejemplo, en las reuniones de las de Perez y de las de Lopez, y en la Fuente Castellana, adonde van á pasear las dos, creyendo ambas que llaman la atencion de todo el mundo, y que todos los pollos están piando por la niña, y todos los gallos cacareando por la madre. Como esta es la que manda en casa, á dos hermanas que tiene jamonas tambien bas-

tante averiadas, que tienen una pensión.—y son ellas otra para el pobre D. Martin,—las ha llevado al domicilio conyugal, donde viven rabiando siempre, porque doña Dolores y ellas tienen un genio de dos mil demonios, y no hay día que por la cosa mas leve no den voces y ahullidos, y se desmaye alguna y se saquen á relucir los trapos. En un principio quiso don Martin mediar con el mejor espíritu de conciliación en estas contiendas, pero se convenció de que un día se lo hubieran comido entre las tres, y ya, por mas que griten y rabien las tres, no hay quien le saque de sus casillas. Las cuñadas no le pueden ver ni pintado, porque dicen que su hermana merecia mejor colocación, y por esto, porque á su madre y á sus tias oye siempre hablar desfavorablemente de su padre, la niña tiene al autor de sus días en pobrísimo concepto. Educada la muchacha en esta escuela, no me parece muy lisonjero su porvenir.

A casa de D. Martin van muchas visitas, muchos caballeros, á quienes D. Martin no ha visto en su vida, que le saludan el primer día que van, y le ofrecen sus servicios, y despues todo lo mas que hacen cuando van y le encuentran es saludarle, pero nada mas, como que no van á verle á él, sino á las señoras. Verdad es que como no cuentan para nada con él, como ha estado muchas veces en la sala hecho un pasmarote, sin que nadie le dirija la palabra, como no sea su mujer para decirle que entorne la puerta ó vaya á ver si han echado *La Correspondencia*, ó su hija, para decirle que se lleve la perra ó busque el gato, ó descuelgue el canario, el buen hombre en viendo gen-

te se eclipsa y se mete en su cuarto, que es el peor de la casa, porque los demás los tienen ocupados la señora, las cuñadas y la niña, que necesitan luz para pintarse las tres primeras y para vestirse la última.— D. Martin no necesita luz, lo que necesita es paciencia y resignacion. En la casa se celebran los santos de cada una de las hembras, pero nunca se celebra el del amo de la casa. Este año pasado se celebró con un soneto que le escribió su hija, que tenia mas disparates que letras y que luego se imprimió en un periodiquito, con lo cual al pobre D. Martin le pusieron completamente en ridículo. Al teatro suelen ir doña Dolores, sus hermanas y la niña, cuando las dan billetes, que se los dan frecuentemente, porque conocen á algun traductor que dice que es autor dramático; pero D. Martin no va, como que no le convidan, y lo que hace es ir al terminarse la funcion á esperar á la familia, como si fuera un lacayo.

En resumen: don Martin es un pobre hombre, demasiado bueno, bueno como no se debe ser bueno, porque un marido que tiene esa bondad excesiva, está grandemente expuesto. Doña Dolores ha sido siempre mujer honrada, pero si no hubiera querido serlo, todavía hubiese sido su esposo mas pobre hombre que lo que es. Las dos cuñadas son dos furias, como que son dos solteronas con pretensiones, y la niña... la niña, abandonada á su instinto y educada por una madre descuidada, vendrá á ser víctima de la apatía de su padre y de la mala educacion.

Este cuadro, como los demás, es copia del natural. Si alguno encuentra inverosímiles este y otros que ya se irán presentando, poco habrá visto en el mundo.

## SEXTA PAREJA.

El marqués de los Pelos era, hace diez años, cuando se casó con la hija del baron de la Nube, un pollo guapo, rico, gastador, que en el Prado se llevaba tras sí todos los ojos, cuando guiaba hábilmente las dos valientes yeguas de su *araña*, y á quien ninguno aventajaba en destreza y gallardía cuando montaba su soberbio potro cordobés ó su forzada y nerviosa yegua inglesa. No habia en la alta sociedad fiesta, convite, baile, concierto, donde no fuese indispensable su presencia, y todas las muchachas le miraban con benevolencia, y todas las mamás con marcada predileccion, y todos los pollos y gallos del gran tono con cierta envidia... Y era un buen muchacho, franco, amable, poco presumido, poco ilustrado, porque sus padres no se habian cuidado mucho de su educacion; pero bueno; lo que se llama de buen fondo, de buena pasta, amigo de hacer favores, generoso, ajeno á todo sentimiento mezquino, en fin, lo que se llama un *buen chico*.

El buen chico vió una buena chica y se enamoró de ella, y á la muchacha no le pareció costal de paja el mozo, y tambien se enamoró de él, mas afortunado que un sinnúmero de galanes que hacian, sin éxito, la rueda á la niña, que era entonces como unas perlas, y aun es hoy una moza capaz de dar con sus ojos un mal rato á cualquiera.

Pues señor, el marquesito y la hija del baron estuvieron enamorándose un año, y cuando ya estuvieron enamorados á mas no poder, se casaron como lo manda la santa madre Iglesia.

Y entonces fué cuando estalló la envidia de las apasionadas del marquesito y de los admiradores de la hija del baron, y esta envidia fué creciendo luego que se supo que los esposos eran felices, y no estaban separados un momento, y á todas partes iban juntos, y todas las personas que iban á visitarlos contaban luego que estaban los dos muy fastidiosos, y que parecian dos tontos, que no habia cosa mas empalagosa que ver á dos recién casados, y que el amor los habia hecho hasta groseros, porque parecia, cuando tenían visita, que les estaban pinchando y deseaban quedarse solos y todo el mundo les estorbaba.

La luna de miel de este matrimonio se prolongó mas de lo regular; y esto era un verdadero escándalo, que las amigas de la marquesa no podian consentir, porque es, entre ciertas gentes, ridículo que una mujer, por estar casada, no acompañe á sus amigas, y no las dedique el mismo tiempo ó poco menos que cuando estaba soltera; y además, así decia alguna de las amigas, era enseñar muy mal á un marido eso de no se-

pararse nunca de él y estarle siempre contemplando, sobre que así se cansaba á un hombre, que llega á aburrirse de ver siempre delante la cara de pascua de su mujer.

Este horrible temor de que su marido se cansase de verla, decidió á la marquesita á tomar en cuenta los consejos que le daban las amigas, y al fin, á los dos años de casada, — otras al mes, — ya iba á pasar un dia en casa de la duquesita de la Estaca, y alguna noche acompañaba en un palco del Real á las hijas del conde del Violin, y otras veces se la llevaba otra amiga á pasar dos ó tres dias con ella en su posesion de Vallecas, con lo cual no estaba ya constantemente al lado del marido, que así no se cansaria de verla.

Y el marquesito, que tenia, como rico [y desprendido que era, muchísimos amigos, tambien cedió al fin al influjo de los consejos de estos, cosa que no tenia nada de particular, porque al fin y al cabo, cuando su mujer iba con sus amigas, ¿qué extraño era que él se fuese con sus amigos?

Porque, vamos á ver, ¿qué mal habia de haber en que mientras su mujer estaba oyendo cantar en el teatro, él estuviese en el Casino jugando y hablando, ó en los pasillos del teatro ó en las butacas, mirando de cuando en cuando á su mujer y viendo de paso á las demás? Luego, al terminar la funcion, iba á buscar á su mujercita, y ambos se contaban sus impresiones.

Entre hombres solos se habla de muchas cosas, se habla de mujeres. — y no se figuren Vds. que considero á las mujeres como cosas, — se cuentan las conquis-

tas y triunfos de cada cual, se aquilatan los puntos de virtud, permitaseme la frase, que calza, en opinion de ellos, cada mujer conocida, y se dicen y se saben cosas muy extrañas, siendo esta conversacion sumamente peligrosa para los hombres casados. Entre los amigos del marqués los habia que gozaban de gran reputacion por sus aventuras amorosas, y que se gastaban el dinero alegremente en galanteos, dando pruebas de ser verdaderos hombres de mundo, aunque para mí, los que tal hacen son necios de solemnidad. Y como el marquesito no era galanteador, y aunque dispuesto siempre á gastar, no tiraba el dinero dándole vergonzoso empleo, sus amigos se permitian con él ciertas bromas, y le llamaban *doctrino*, *inocente marido*,— que hasta este respetable nombre es ridículo en opinion de esos tontos,— y le amenazaban con que habian de hacerle hombre, es decir, con que le habian de hacer tal como ellos eran.

Y hubo dos de aquellos caballeros que se propusieron combatir la virtud estóica de aquel marido. Y no fué lo malo que se propusieran tan mala accion, sino que consiguieran su objeto.

Una bailarina, oriunda de no sé qué país, soberanamente bella, y mas que bella enredadora, y mas que todo, amiga de tener dinero, y coche, y diamantes, y todas esas miserias que necesita el vicio para cubrir á sus propios ojos, que no á los ajenos, su deformidad, fué la encargada de conquistar al marqués.

La primera noche que este pisó el vestuario de la artista, salió de allí ofuscado, la segunda vez salió con calentura, y la tercera salió prendado de aquella pe-



regrina belleza, mucho mas bella con su traje de sílfide, y con los mil ingredientes que entran en el decorado del rostro de una bailarina que quiere hacer efecto, maestra en danzar y archi-maestra en *hacerse* cada noche un semblante mas seductor que el de la noche anterior.

El hombre casado que llega á olvidarse de sus deberes, entra en una resbaladiza pendiente, y la recorre rápidamente, siéndole muy difícil detenerse. Primero se oculta de todos, procura que sea secreto el torpe lazo que le une á una mujer indigna, pero bien pronto lo saben los amigos, y los amigos lo cuentan á todo el mundo, y lo comentan, hasta que el secreto llega á los oídos de las mujeres, y entonces ya lo sabe, además de todo el mundo, la interesada, es decir, la esposa. La noticia del desliz del marquesito, de la caída de aquel marido hasta entonces libre de pecado, produjo el mejor efecto, como que con el mal de aquel matrimonio se satisfacía la miserable envidia de muchos.

El golpe fué horrible para la pobre esposa, que no queria creer tal infamia, pero que al fin hubo de convencerse por la conducta de su marido que pasaba los dias fuera de casa, y por la noche no iba á buscarla al teatro, y volvía de madrugada al hogar doméstico, y ya no acariciaba á su mujer al entrar ó salir de casa, y parecia como que evitaba las ocasiones de hallarse solo con ella, y como que le gustaba verla acompañada.

La marquesa, si hubiera seguido los impulsos de su corazón, hubiese logrado, á fuerza de cariño y so-